

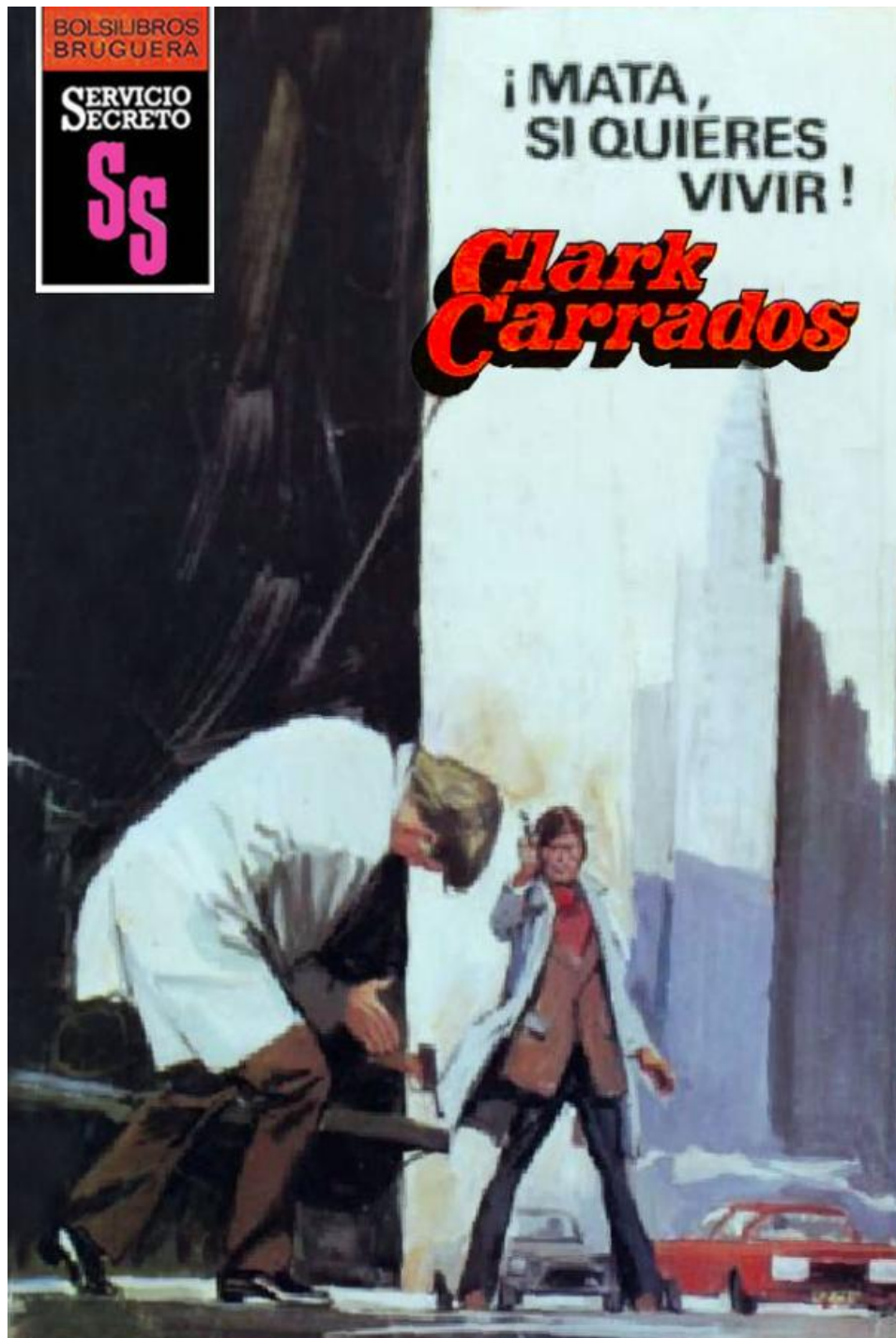
BOLSILIBROS  
BRUGUERA

SERVICIO  
SECRETO

Ss

¡ MATA,  
SI QUIÉRES  
VIVIR !

# Clark Carrados





**SERVICIO  
SECRETO**



LOU CARRIGAN

# ¡MATA SI QUIERES VIVIR!

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1636  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO**

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B.32.384 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1981

© Lois Carrigan - 1981

texto

© Alberto Pujolar - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas  
que aparecen en esta novela, así como las  
situaciones de la misma, son fruto exclu-  
sivamente de la imaginación del autor,  
por lo que cualquier semejanza con per-  
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-  
tuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

## CAPÍTULO PRIMERO

Eran siete las personas que se encontraban en la habitación, cuyas cortinas, de espeso terciopelo rojo, estaban corridas sobre los amplios ventanales. Sólo una lámpara, situada en un rincón, daba luz a la estancia, dirigiendo su haz principal de rayos hacia determinado punto.

Había una mesa semicircular y siete sillas. Frente a la mesa se veía otra silla.

Cinco de las personas eran hombres. Había dos mujeres.

Sobre la mesa se divisaban siete objetos, cubiertos con sendos cuadrados de terciopelo negro. Uno de los hombres tomó la palabra:

—Hay siete pistolas —dijo—. Una de ellas solamente tiene un proyectil en la recámara. Naturalmente, la he cargado yo, pero a fin de que no surjan dudas sobre un posible deseo de quedar fuera del caso, permitiré que las revuelvan, a fin de que nadie sepa cuál es la pistola cargada que le tocará en suene. Así, todos dispararemos a la vez, pero sólo uno matará al traidor.

Hubo un momento de silencio. Todos los reunidos parecían considerar la propuesta del que había hablado. Uno de ellos, al fin, se decidió a hablar:

—De acuerdo. Me parece justo.

—No —contradijo otro—. A mí no me parece justo ni equitativo.

—¿Por qué? —preguntó el autor de la idea.

—Es bien sencillo. Desde luego, sólo uno será el que ejecute la sentencia contra el traidor, pero si un día se descubriese la verdad, sólo esa persona sería castigada por asesinato. Los demás serían considerados como cómplices y su pena, lógicamente, sería menor. Alguno, incluso, al sentirse en una mala situación, sentiría deseos de cooperar con la ley; y yo no se lo reprocharía, porque ello es

propio de la naturaleza humana. Pero si todos somos culpables en idéntico grado, no habrá temor a debilidades de alguno de nosotros. A fin de cuentas, todos hemos sido gravemente perjudicados por el traidor.

—Yo he perdido menos dinero —alegó una de las mujeres.

El último que había hablado la miró fijamente.

—La pérdida no debe evaluarse en función de la cantidad, sino del perjuicio recibido. Efectivamente, yo perdí doscientas mil libras, pero también había invertido más dinero y mi capital era superior al suyo. Su pérdida, señora, asciende a unas cien mil libras, pero sus perjuicios son idénticos a los míos, dado el capital inicial suyo, comparado con el mío.

—Es un argumento perfectamente aceptable —dijo otro.

—Siete balas —añadió uno de los presentes.

—Está bien —cedió el autor de la idea—. Cargaré las seis pistolas restantes y las dejaré amartilladas.

—¿Cuándo dispararemos? —quiso saber alguien.

Hubo un momento de silencio. Luego, el que llevaba la voz cantante, dijo:

—Yo le dirigiré un pequeño discurso, no muy largo. Éste es un asunto en el que no se necesitan muchas palabras. Al final, le acusaré por tres veces de traidor. Cuando pronuncie ese epíteto por tercera vez, haremos fuego todos al mismo tiempo. ¿De acuerdo?

La propuesta fue aceptada.

Volvió el silencio. Durante unos segundos, sólo se oyó el ruidito metálico que hacían los cerrojos de las pistolas al ser movidos, para introducir una bala en la recámara. Al finalizar, las armas quedaron nuevamente ocultas por los paños negros.

—Están listas —dijo el jefe—. Ni siquiera tienen el seguro puesto. Bastará con empuñar cada uno su pistola y disparar en el momento preciso.

En aquel instante se oyó el ruido de una puerta que se abría y se cerraba sucesivamente.

—Ya está ahí. Todos a sus puestos.

Un hombre apareció en la estancia. Era de mediana estatura, casi calvo, de faz muy blanca y con lentes de cerco de oro. Aprensivamente, dirigió una mirada a las siete personas que se hallaban sentadas tras la mesa semicircular.

—Bu... buenas noches —saludó tímidamente el recién llegado.

—Siéntese, Dwenn —ordenó el jefe.

—Sí, señor.

Magnus Dwenn tomó asiento frente a la mesa. Sacó un pañuelo, se enjugó el abundante sudor que corría por su pálida frente y dijo:

—Señoras, caballeros, quiero presentarles mis excusas por... mi imperdonable fracaso...

—Dwenn, sus excusas no nos interesan en absoluto —dijo el jefe—. Clemmie Hillards perdió cien mil libras. Howard Daxton y Carrington B. Prye perdieron ciento cincuenta mil cada uno. Alice Selfridge perdió doscientas mil. Las pérdidas de Wade Royce y Galton Rangyll se elevan a ciento veinticinco mil cada uno. Yo perdí el resto hasta completar el millón. Esa enorme cantidad de dinero que se ha evaporado no admite justificación de ninguna clase. Lo único que se puede decir de usted es que traicionó nuestra confianza y, puesto que no podemos recobrar el dinero perdido, hemos decidido matarle.

—¡No! —gritó Dwenn desesperadamente—. Ustedes no pueden hacer eso...

—Sí podemos hacerlo, porque no podemos perdonar su engaño. Es usted un traidor... ¡Traidor! ¡TRAIDOR!

Cuando sonó la última palabra, siete manos empuñaron otras tantas pistolas. Los siete disparos sonaron casi simultáneos.

Dwenn abrió los ojos desmesuradamente. En la blanca pechera de su camisa se habían abierto siete orificios sangrientos.

Durante un interminable segundo, permaneció en la misma posición, sin emitir una sola palabra. Luego, de pronto, la sangre empezó a manar con gran violencia. El cuerpo de Dwenn sufrió una espantosa convulsión y, tras abrir los brazos, cayó hacia atrás con la silla.

La atmósfera se había hecho irrespirable a causa de la pólvora quemada. El jefe abrió una de las ventanas y el aire fresco de la noche irrumpió en la estancia.

Pasados unos minutos, volvió a cerrar.

—La sentencia está cumplida —dijo—. ¿Algo que objetar?

Alice Selfridge se tapó la cara con las manos.

—¡Dios mío, me he convertido en una asesina!

El jefe la miró con desprecio.

—Perdió doscientas mil libras y no las va a recuperar jamás — exclamó—. Cada vez que recuerde lo ocurrido esta noche, piense que ya no volverá a ver ese dinero.

—Las pistolas —dijo uno de los presentes—. ¿Qué va a hacer con ellas?

—Cerca de esta casa hay una zona pantanosa. Las arrojaré a la ciénaga y nadie las encontrará jamás.

—Es una buena idea.

Clemmie Hillards empezó a tranquilizarse. Sacó un cigarrillo y lo encendió con mano temblorosa.

—Creo que esta noche tomaré un sedante para poder dormir mejor —dijo.

—Yo me echaré al colete media botella de lo bueno —dijo Prye—. Así celebraré la muerte de ese bastardo traidor.

Royce pasó un brazo por los hombros de Alice.

—Vamos, señora Selfridge; no se aflija más. Piense sola mente en que hemos hecho justicia en un caso en el que la ley no podía ayudarnos en lo más mínimo.

Alice asintió.

—Con tal de que no se descubra nada...

—Nadie lo sabrá jamás, a menos que alguno de nosotros se vaya de la lengua —dijo el jefe duramente—. El cuerpo de Dwenn seguirá el mismo camino que las pistolas, Eso borrará toda huella comprometedora.

—Convendría que empezásemos a desfilas —propuso alguien.

—Sí, es lo mejor. Repito, váyanse tranquilos; yo me ocuparé de todo.

Uno por uno o en parejas, los miembros del grupo fueron desfilando hacia la salida. Desde la ventana, el jefe contempló los haces de rayos luminosos de los faros que rasgaban la oscuridad y oyó el rumor de los motores que arrancaban. Cuando volvió el silencio, se separó de la ventana y miró coléricamente el cuerpo ensangrentado que yacía sobre el suelo.

—Y ahora, maldito, ¿dónde está ese millón de libras esterlinas?

La representación había terminado y el público aplaudió entusiasmado. Dick Pelham no era uno de los menos satisfechos con el espectáculo que había presenciado y se rompía las manos, batiendo palmas. El Gran Julius y su hermosa *partenaire* volvieron a

salir y se inclinaron una vez más para agradecer los aplausos de los espectadores.

Pelham sintió un codazo en el costado izquierdo.

—Eh, ¿qué te decía yo? —exclamó su vecino de butaca, un antiguo amigo con el que había asistido a la representación—. Valía la pena venir, ¿no te parece?

—Sí, realmente, ha estado muy interesante.

Una docena de chicas salieron al escenario y empezaron a bailar, siguiendo los compases de una alegre marcha. Eran todas muy guapas y vestían sucintamente. Bert Thayne se puso en pie.

—Vamos. Dick, este número cierra el espectáculo y dura muy poco. Debemos darnos prisa.

—Como quieras, Bert.

Los dos hombres se dirigieron hacia la salida. Pelham se sentía un lanío aprensivo.

—Ben, ¿crees que...?

—Sí, hombre, sí, seguro. Hablé con ella por teléfono antes de la función y me prometió que encontraría a una amiga. Luego nos iremos los cuatro a tomar unas copas a cualquier parte y después... Bueno, supongo que no he de decirle lo que tienes que hacer después. Si careces de imaginación, la culpa no será mía, ciertamente.

Los dos hombres salieron del teatro. Thayne guió a su amigo hacia el callejón en que se hallaba la entrada de artistas. Pelham pensó que su amigo debía frecuentar mucho aquel lugar. Parecía un verdadero entendido en la materia.

Caminaron a buen paso. Thayne marchaba delante. De pronto, Pelham vio algo a través de una ventana cuyo antepecho le llegaba a la barbilla.

Era, evidentemente, un camerino. Las cortinas estaban casi corridas, pero dejaban un hueco de unos diez centímetros. En el interior de la estancia, había una hermosa mujer situada ante un espejo.

Reconoció a la *partenaire* del Gran Julius. La curiosidad le hizo detenerse.

Ella estaba sentada ante un espejo y parecía muy ocupada en desmaquillarse. Era lo normal, después de una actuación en el escenario.

La artista era joven, bastante alta, de pelo negro y silueta escultural. Pelham vio que ponía las dos manos en el borde de la cara, cerca de las orejas, y que tiraba hacia adelante.

Una delgada máscara de material muy flexible se desprendió de su rostro. Ella, entonces, lanzó un fuerte suspiro de alivio. Casi en el mismo instante, entró un hombre en el camerino.

—¿Qué hace usted? —preguntó colérico.

La joven se volvió. Atónito, Pelham reconoció a una antigua amiga suya, a la que hacía varios años no veía. El hombre era tremendamente alto, casi un metro noventa, corpulento y vestía aún de etiqueta, tal como había actuado en el escenario. El rostro, tan atractivo cuando se enfrentaba al público, parecía ahora poseído por una furia demoníaca, a lo que contribuía sin duda sus cejas espesas y picudas y su delgado bigote, terminado en afiladas guías.

—Lo siento, señor Vildaunt —se disculpó la artista—. Tenía demasiado calor y no pude aguantar más... Creo que debería hacer la máscara de un material más poroso...

—Eso no le importa a usted —contestó abruptamente el Gran Julius—. Vuelva a ponerse la máscara inmediatamente. Recuerde las condiciones del pacto: si no se atiene a ellas escrupulosamente, puede considerarse despedida. Por el momento, pasaré por alto esta infracción, pero no vuelva a repetirlo o le pesará. ¿Entendido?

—Sí, señor —contestó la artista mansamente.

Pelham la vio ponerse la máscara de nuevo, con lo que su aspecto quedaba un tanto diferente, suficiente, sin embargo, para que pareciese otra mujer. Pero no pudo seguir mirando más, porque, de pronto, sintió que tiraban de su brazo derecho.

—Hombre de Dios, ¿qué haces ahí? —protestó Thayne—. Consumo varios litros de saliva, tratando de convencer a mi amiguita, y tú te quedas ahí parado como un poste, viendo tonterías que no te han de suponer ningún beneficio...

Pelham se dejó llevar, mientras se prometía a sí mismo volver de nuevo a aquel teatro, a fin de hablar con aquella muchacha a la que hacía años que no veía y que se llamaba Ilse Burr.

## CAPÍTULO II

Salió del cuarto de baño y, tras un último toque al nudo de la corbata, se puso la chaqueta, encaminándose hacia la puerta.

—No me esperes levantada, querida —dijo Howard Daxton—. Volveré tarde.

La señora Daxton, gruesa, con la cara brillante por la gruesa capa de crema de noche que se había aplicado momentos antes y con rulos en la mortecina cabellera rubia, se asomó a la puerta del dormitorio, apoyándose en la jamba, y miró a su esposo sardónicamente.

—Nunca he oído que nadie quisiera otorgar testamento a las diez de la noche —dijo—. Ese tal *sir* Francis Whiteleeds, ¿es rubia? ¿Morena?

Daxton se revolvió furioso.

—Ese tal *sir* Francis Whiteleeds, como tú dices, es uno de mis mejores clientes y fue el hombre que me permitió reponerme, cuando sufrí aquella pérdida financiera hace algunos años. *Sir* Francis Whiteleeds, por si no lo sabes, es el hombre que permite que tú gastes montones de libras en esa apestosa manteca que te pones en la cara y que a mí me da náuseas sólo de verla.

La señora Daxton se quedó sin habla ante la contundente replica de su esposo. El señor Daxton se dirigió hacia la puerta y se despidió con un vitriólico añadido:

—Esa crema debería ser disolvente, para que te borrara tu repugnante cara de una vez por todas y así yo no tendría pesadillas al despertarme por las mañanas, en lugar de tenerlas a media noche, que es cuando las tienen todos los hombres decentes.

Cerró de un portazo y, con el portafolios en la mano izquierda, salió andando en dirección al coche que tenía en un garaje vecino.

De pronto, cuando había recorrido una veintena de metros, vio que surgía ante él una figura, tan bruscamente, que no pudo por menos de emitir un ligero grito de susto.

Era una mujer, evidentemente, aunque llevaba un velo negro que ocultaba sus facciones. El vestido era asimismo negro, como el bolso, las medias y los zapatos. Pero tampoco podía apreciar más detalles, porque se hallaban en el espacio situado entre dos faroles y la luz era allí más bien escasa.

—Señora —gruñó, irritado.

—¿Es usted Howard Daxton? —preguntó ella.

—Sí, en efecto. Pero ahora no puedo atenderla: si quiere algo, vaya mañana a mi oficina...

—No será necesario. Lo que tengo que decirle es muy breve. ¿Recuerda usted a Wallace Dwenn? Daxton dio un bote. —¡Dwenn! —exclamó.

—Usted lo asesinó, con seis personas más.

—Oiga, eso es... es mentira —protestó Daxton. Al cabo de seis años, la muerte de Dwenn surgía de nuevo, cuando ya creía todo olvidado—. Yo no conocí jamás a nadie que se llamase Dwenn...

—Yo soy su hija —declaró la mujer.

—Bueno, ¿y qué me importa a mí eso? Apártese, loca; tengo prisa.

Daxton extendió el brazo y la echó a un lado. Ella añadió:

—No tiene ninguna prisa, porque no irá a ninguna parte, salvo al cementerio.

Daxton presintió una oscura amenaza en aquellas palabras y empezó a volverse. El disparo, dirigido a la nuca, le alcanzó en el lado izquierdo del cráneo.

Cayó fulminado. Nadie se enteró de lo sucedido, porque la mujer había usado una pistola que tenía silenciador.

—¿Podría volver sola a casa o prefiere que la lleve en mi coche? —consultó el Gran Julius.

La *partenaire* hizo un gesto negativo.

—Gracias, tomaré un taxi —respondió.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, esta semana de descanso me ha sentado maravillosamente. Muchas gracias.

—Bien, no quiero entretenerla más. Hasta mañana.

El Gran Julius se marchó. Pelham estaba junto a la ventana y presencié la escena, aunque no pudo oír nada. Discretamente, se retiró a un lugar en sombras y se dispuso a esperar.

Quería hablar con Ilse Burr y estar un rato con ella, recordando tiempos pasados. Sentía curiosidad por saber cómo había podido llegar a trabajar con un hombre como el Gran Julius. Aparte de eso, era una muchacha muy guapa, de la que guardaba los mejores recuerdos, y quería reanudar la relación de nuevo.

El Gran Julius salió, alto, erguido, con aire de dominador del mundo entero. Caminó rápidamente a lo largo del callejón y se acercó al lujoso coche, junto al cual le aguardaba el chófer uniformado, con la portezuela abierta. El artista entró en el automóvil, el chófer ocupó su puesto y el vehículo se puso en marcha.

La joven salió minutos después. Pelham se destacó de las sombras.

—Hola —saludó.

Ella le miró con curiosidad.

—Hola —dijo.

—Soy Richard Pelham. ¿No me recuerdas, Ilse?

La artista hizo un gesto negativo.

—No, en absoluto. No sé quién es usted ni le he visto en mi vida, señor Pelham.

—Pero. Ilse... Me llamabas Dick... Cuando éramos muchachos, íbamos a hartarnos juntos al río... Bueno, yo tenía entonces quince años y tú diez, y tu padre me decía que cuidase de ti...

—Temo que se equivoca —sonrió la joven—. Quizá se trata de una mujer muy parecida a mí, pero, sinceramente, si nos hubiéramos conocido antes, yo no negaría tal conocimiento. No entra en mis costumbres negarme a saludar a las viejas amistades. Pelham se quedó estupefacto.

—Esto sí que es... Pero si yo mismo la vi...

—¿Decía? —preguntó ella.

—No, nada, puede que esté equivocado... Oiga, usted es la *partenaire* del Gran Julius.

—Sí, en efecto. Me llamo Lavinia Norrell. Un nombre muy distinto del de su amiga, como puede comprobar. Y ahora, si me lo permite...

—¿Va a tomar un taxi? Tengo mi coche cerca de aquí. ¿No quiere que la lleve a su casa, señorita Norrell?

Lavinia sonrió y contempló al hombre que tenía ante sí, un joven de unos veintiocho o veintinueve años, alto, atlético y con un rostro agradablemente feo, del que se desprendía una expresión de confianza que no se podía ignorar. Al fin, hizo un gesto de aquiescencia.

—Pero no le invitaré a tomar una copa en mi apartamento —dijo.

—Me contentaré con llevarla de vuelta a su casa, señorita Norrell.

Pelham no comprendía lo que había sucedido, pero estaba decidido a averiguarlo. Aunque sin darse prisa; tampoco era un asunto de vida o muerte.

El viaje resultó muy agradable. Cuando llegaron frente a la casa donde vivía Lavinia, Pelham había conseguido que ella aceptase una invitación para almorzar juntos al día siguiente.

Luego, cuando regresaba al hotel en que se alojaba. Pelham pensó en la primera conversación que había oído entre la artista y el Gran Julius.

Ilse había adoptado el nombre de Lavinia para su trabajo en el teatro. Y, según las condiciones del contrato, no podía quitarse la máscara hasta que no estuviese en su casa. Quizá aquel contrato le imponía también ciertas condiciones como, por ejemplo, fingir un desconocimiento total de antiguas amistades.

Cuando almorzaron, al día siguiente, Pelham, cuya perplejidad no había disminuido un ápice, empezó a preguntarse si Ilse tenía la obligación de llevar la máscara constantemente.

Había algo extraño en aquel asunto y se propuso descubrirlo, pero sin prisas. No quería perjudicar a Ilse. Debía ser paciente y dejar que ella misma acabase por explicarlo todo de forma satisfactoria.

La señora Daxton parecía bastante tranquila, pese a la horrible impresión sufrida la noche pasada soportó bastante bien el interrogatorio y el inspector Seands se dio por satisfecho con sus respuestas.

Había, sin embargo, un punto que le intranquilizaba.

—¿Por qué tenía que salir su esposo a las diez y media de la

noche, cuando, según tengo entendido, era algo desacostumbrado en él? —preguntó.

—Dijo que le había llamado *sir* Francis Whiteleeds, porque quería otorgar testamento —respondió la señora Daxton.

—¿A esas horas de la noche? —se asombró el inspector.

—Bien, es lo que me dijo mi esposo. Yo no sé más, de modo que, ¿por qué no habla con *sir* Francis, inspector?

—Lo haré —prometió el policía.

Cerró la libreta, se despidió de la mujer y salió, acompañado de su ayudante, el sargento Green.

—Parece un caso complicado —dijo Seands, una vez acomodados en el coche—. La muerte se produjo por un impacto de proyectil calibre treinta y dos, que le afectó directamente el cerebro. Nadie vio a ningún sospechoso, aunque la zona estaba solitaria a esas horas, ni se oyó el estampido del disparo.

—El asesino usaría silenciador —apuntó Green.

—Es lo que pienso. Pero ¿por qué lo mataron? No le faltaba nada, no le robaron, no hay señales de lucha previa... Tiene todo el aspecto de una muerte por ajuste de cuentas.

—Sí, eso me parece a mí también, señor.

Los dos policías hablaron más tarde con *sir* Francis, quien negó rotundamente haber llamado al difunto para encomendarle la redacción de su testamento. Seands y Green salieron desconcertados de la lujosa residencia y volvieron a su coche.

—Desde luego, alguien conocía la relación de Daxton con *sir* Francis —dijo el inspector—. Sólo así se comprende que Daxton saliera de su casa a las diez y media de la noche. Pero ese dato avala su hipótesis del ajuste de cuentas.

—Gracias, señor —contestó Green, muy halagado porque su superior hubiese aceptado su teoría.

—Peto un ajuste de cuentas significa que en tiempos hubo o se realizaron acciones, si no punibles, tampoco enteramente dentro de la ley. Green, habrá que investigar a fondo el pasado de Daxton.

—Sí, señor.

—Es preciso llegar incluso al día en que su padre le dio su primera asignación semanal.

—Bueno, teniendo en cuenta que Daxton contaba unos cincuenta años... Si quitamos cuarenta y cinco, tuvo que recibir

entonces un par de peniques.

—Hace cuarenta y cinco años, un niño podía comprar muchas cosas con dos peniques —dijo el inspector melancólicamente.

—Usted no había nacido entonces, señor.

—Tampoco había nacido el asesino de Daxton.

Los dos hombres guardaron silencio durante unos momentos. Luego, el inspector dijo:

—Sargento, procure que hoy mismo este sobre mi mesa el informe de la autopsia y el de balística.

—Sí, señor.

—Y no se olvide de pedir todos los antecedentes de Daxton... si es que hay algo en los archivos del Yard. Si no hubiese nada, la investigación resultará enormemente dificultosa.

Seands se retrepó en su asiento y encendió un cigarrillo. Tenía que encontrar al asesino de Daxton o los altos jefes de Scotland Yard pondrían el grito en el ciclo. Abrigaba la esperanza de ser algún día uno de aquellos «altos jefes» y la resolución del enigma podía ser un peldaño más en la larga escalera que conducía a un despacho de prestigio.

## CAPÍTULO III

Entraron en la casa y la joven dejó su capa sobre un diván.

—Dick, ¿quieres preparar algo de beber? Voy a empolvar me la nariz...

—Sí, desde luego.

Pelham fue al aparador de los licores y empezó a poner bebidas en sendos vasos altos. Había logrado ganarse la confianza de la artista, pero seguía convencido de que era Ilse y que, por alguna razón que ignoraba, ella continuaba aferrada al extraño contrato que le imponía llevar una máscara en público.

Ella salió minutos más tarde, ataviada con una espectacular bata de color negro. Sonreía cuando Pelham le entregó uno de los vasos.

—Por fin lo has conseguido —dijo la joven.

—Conseguir, ¿qué?

—Estás en mi apartamento, hombre.

—Bueno, no lo niego... pero eso no significa gran cosa.

La artista le miró sonriendo.

—¿Acaso querrías algo más, Dick?

—¿Estarías dispuesto a dármelo?

Sonó una alegre carcajada.

—Ven —dijo ella—. Sentémonos en el diván y hablaremos. Sé que te llamas Dick Pelham, que te alojas en el Euston Hall, que es un hotel de lujo... pero no sé mucho más de ti. ¿Qué eres? ¿A qué te dedicas?

Pelham se acomodó junto a su hermosa anfitriona.

—Soy ingeniero y geólogo independiente —contestó.

—Ah, una profesión fascinante, imagino. Sin ánimo de ofenderte, ¿se gana dinero?

—Depende mucho de la suerte. Lavinia.

—¿De verdad?

—Estuve cuatro artos en Oriente Medio, trabajando por mí cuenta. Conseguí descubrir una zona rica en petróleo.

—Y ahora eres un hombre rico.

—Cuando hice el descubrimiento, estaba pensando en pedir un pasaje gratuito de vuelta a Inglaterra.

—O sea, estabas en las últimas.

—Mi crédito estaba tan agotado, que ya no podía pedir prestado ni para comer al día siguiente. No me quedaba dinero ni para un sello de correos, ni tenía tabaco y todo lo que había en mi despensa era media cantimplora de agua y una lata de judías.

—Horrible —calificó ella riendo—. Pero saliste del hoyo y ahora estás en la cumbre.

—No puedo negarlo. Lavinia.

—Entonces, tienes una especie de grifo del que manan continuamente chorros de dinero.

—Bueno, no es así, exactamente. Hubiera tenido muchas preocupaciones de haber continuado como copropietario de la zona petrolífera.

—Ah, copropietario...

—Ten en cuenta que está en un país árabe. El propietario real de los terrenos es el Estado. Nuestro contrato estipulaba determinadas condiciones, para el caso de un hallazgo fructífero. Podía acogerme a la cláusula de un porcentaje de beneficios sobre la producción o bien percibir una indemnización por la venta de mis derechos. Elegí el segundo procedimiento.

—Así pues, no posees ningún pozo de petróleo.

Pelham hizo un gesto negativo.

—Eso queda para las grandes compartías. Yo me libré de preocupaciones mediante una sustanciosa compensación. Algunos me llamarán tonto y dirán que dejé diez por uno, pero eso no son más que opiniones, a fin de cuentas. La ausencia de preocupaciones vale mucho más, ¿no crees?

—Si te compensaron bien...

—Lo acordado, más una recompensa especial que me otorgaron graciosamente. No puedo quejarme. Lavinia.

—Aquel hallazgo fue tu Eldorado.

—En efecto. Pero creo que aquí, en Inglaterra, he encontrado

algo mejor.

—¿Sí? ¿Qué es, Dick?

Pelham dejó su vaso a un lado y estrechó con sus brazos la delgada cintura de la joven. Lavinia le miraba fijamente, con los labios entreabiertos.

«Una máscara perfecta», pensó él.

Pero cuando la besó, pudo darse cuenta de que no había tal máscara. Y para convencerse aún más, tanteó con los dedos, simulando acariciarla, sin encontrar el menor rastro de la línea de unión entre el rostro auténtico y la máscara.

El estallido de pasión sobrevino inevitablemente y Pelham olvidó así todas sus preocupaciones.

Cuatro días más tarde, cuando fue a buscarla para ir a almorzar juntos, la encontró en la cama, blanco el rostro, casi exangüe.

Pelham se alarmó.

—¿Qué te sucede, Lavinia?

—No me encuentro bien —dijo ella—. Estoy cansada... ¿Me perdonarás que no salga contigo hoy?

—¡Qué cosas tienes! —respondió el joven—. Naturalmente que te perdono. Pero me preocupo por tu salud...

—No es nada de importancia. Mi trabajo, en ocasiones, resulta agotador.

Pelham frunció el ceño.

—Lavinia, ¿por qué no lo dejas?

—¿Y por qué iba a dejarlo? Me gusta, es divertido, tengo contacto con el público, gano un buen sueldo...

—Sí, pero...

—Dick, por favor.

—Está bien, no quiero molestarle más. Ah, precisamente venía a decirte que salgo mañana para Escocia y que estaré ausente una semana.

—Trabajo, supongo.

—Pues... en cierto modo. Ya sabes que hay plataformas petrolíferas en el mar del norte. Han surgido, al parecer, ciertos problemas, y quieren consultarme sobre el particular, eso es todo.

—Quizá te ofrezcan un puesto en la empresa.

—No aceptaría —respondió Pelham—. Voy allí, simplemente porque me lo ha pedido un buen amigo, Lavinia, aunque sólo sea

metafóricamente, quiero quitarme el olor de petróleo de encima. Ella rió suavemente.

—Lo comprendo —dijo—. Bien, te deseo suerte. No te mates a trabajar.

—Yo podría decir lo mismo de ti y con más razón —se despidió el joven.

Por la noche, salió del hotel para ir a cenar a un buen restaurante. Había dado apenas unos pasos cuando se encontró con una dama, que le miró fijamente.

—Perdón —dijo ella—. ¿No será usted... Dick Pelham?

El joven estudió a la mujer que tenía frente a sí, de unos treinta y cinco años, de figura opulenta y ojos llenos de malicia.

—Clemmie Hillards —exclamó.

—Dick. Dick Pelham... —rió ella, a la vez que le tendía ambas manos—. ¡Que dichosa coincidencia! Sabes que hace al menos un siglo que no tengo noticias tuyas... Bueno, no soy tan vieja...

—Eres una mujer con una enormidad de atractivos y, desde luego, no tienes nada de anciana —contestó Pelham—. ¿Qué haces ahora?

Clemmie suspiró.

—Iba a entrar en el hotel a tomar una copa en el bar —respondió.

—¿Nada más?

—Bueno, quizá luego...

Pelham intuyó cierta melancolía en la voz de su antigua conocida.

Seis años antes, Clemmie y él habían sostenido un tórrido romance. Clemmie era entonces una mujer adinerada. Ahora parecía haber perdido toda su fortuna.

—Luego, ¿qué, Clemmie? —preguntó.

Lila se sintió incómoda.

—Dick, la vida no ha sido muy satisfactoria en los últimos tiempos —contestó.

Pelham la agarró por un brazo.

—Vamos, cenaremos juntos y me lo contarás todo —propuso.

—No tengo coche...

—El mío está en el *parking* del hotel. Ahora me lo traen.

El coche, conducido por un empleado, se detuvo junto a la

acera. Pelham empujó suavemente a la mujer lucía el asiento delantero. Luego ocupó su puesto tras el volante y pisó el acelerador.

—Y eso, a grandes rasgos, es lo que nos sucedió —terminó Clemmie su relato, mientras jugueteaba con la copa de largo pedúnculo—. Confiamos en un hombre, luego resultó ser un traidor y... nos levantó la camisa a todos. Perdona la frase, pero es exactamente lo que nos sucedió.

—Y tú perdiste todo tu capital —dijo el joven.

—Bueno, prácticamente todo. Quise salir del pozo y realicé algunas inversiones con lo que me quedaba, pero resulta ron un enorme fiasco. De modo que sólo puedo hacer una cosa para ganarme la vida.

Pelham contempló a aquella mujer con la que había sostenido una tórrida relación seis años antes. Clemmie había sido siempre persona exultante, extrovertida, capaz de dar todo lo que tenía si un amigo estaba en un apuro, alegre, rebosante de simpatía... y también muy crédula.

—¿No encontraste otra solución? —preguntó.

—¿Qué podría haber hecho? —repuso ella amargamente—. ¿Colocarme de empleada en unos grandes almacenes?

—¿Por qué no? No es un trabajo deshonroso, Clemmie.

—Lo sé, pero no sirvo para ello. No le des más vueltas; las cosas son así y no pueden cambiar ya. Pelham meditó unos segundos. Por supuesto, sabía que Clemmie estaba dispuesta a hacer lo que él le pidiera. Pero reanudar una relación basada prácticamente en el sexo y, además, en aquellas condiciones, no le atraía en absoluto.

—Clemmie, voy a hacer algo por ti —decidió finalmente—. Te daré algo de dinero... No, no protestes; tómallo como un préstamo. Un día, tal vez, podrás devolvérmelo. Y si no es así... Yo recuerdo que también me ayudaste cuando me encontraba en una situación muy crítica. Favor por favor, ¿estamos?

—Oh. Dick —gimoteó Clemmie—. De veras no sé qué decir...

—Lo dijiste entonces, cuando me ayudaste a salir del apuro, sin pedirme nada a cambio.

—Si te pedí y tú me lo diste de muy buena gana.

Pelham ocultó una sonrisa. Aquella respuesta era una llamada indirecta para repetir situaciones pasadas.

—¿Y quién no querida? —respondió jovialmente—. ¿Quién no te hubiera dado lo que pedías? Sacó el talonario de cheques y escribió una cantidad. Los ojos, muy maquillados, de Clemmie, se dilataron al leer la cifra escrita en aquel trozo de papel. —Dick, eres... demasiado generoso...

Pelham acalló las protestas de gratitud de la mujer, obligándole a que guardase el cheque en el bolso. Luego llamó al camarero para que abonase la cuenta.

—Entonces, ¿no quieres venir a tomar una copa conmigo? —dijo ella, un tanto decepcionada.

—Te acompañaré hasta la puerta de tu casa, pero nada más mañana salgo para Escocia y he de madrugar mucho.

—¿No... necesitas una acompañante que te distraiga en tus ratos de ocio?

«Las mujeres, a veces, se ponen muy pesadas», se dijo Pelham, tratando de ser paciente.

—Si pudiera hacerlo, créeme, te llevaría conmigo sin pensármelo dos veces —respondió.

«Debe haber otra mujer», pensó Clemmie. Y aunque la diferencia de edad no era grande, siete u ocho años a lo sumo. Pelham era ahora un hombre arrogante, que incluso aparentaba ser más joven de lo que era en realidad, mientras que ella acusaba los daños de los malos ratos pasados en los últimos años. Era mujer realista, en medio de todo, y sabía reconocer lo que saltaba a la vista.

—Te deseo toda la suerte del mundo —dijo.

—Gracias. Procuraré llamarte a mí regreso a Londres.

—No le lo perdonaría si no lo hicieses. Dick.

Pero Clemmie sabía que lo que había habido entre ambos era una cosa completamente muerta y que ya nada ni nadie podría resucitar. Había oído decir del amor entre dos seres de distintos sexos y ya desaparecido, que sólo quedaban cenizas.

—En mi caso, las pocas que quedaban se las llevó el viento hace mucho tiempo —se dijo melancólicamente, al regresar a su apartamento.

## CAPÍTULO IV

La mujer abrió la puerta de su casa y cerró de un violento taconazo. Alice Selfridge se sentía de un pésimo humor.

Acababa de tener una violenta discusión con el último de sus enamorados. Era un joven al que pasaba casi quince años y que había tenido la desfachatez de pedirle prestadas nada menos que cinco mil libras esterlinas.

El sujeto quería emprender un negocio. Alice se dio cuenta muy pronto que lo que había creído amor desinteresado no era sino una forma de ganarse la vida. Tenía casi cincuenta años y sus encantos eran poco menos que inexistentes. Sus canas eran más abundantes cada día y debía pasar largas sesiones en la peluquería, a fin de conseguir que el pelo conservase el color de su juventud.

Pero había otras cosas que no tenían arreglo con nada, ni siquiera con la cirugía estética. Estaba acabada ya, se dijo amargamente, mientras se servía una generosa dosis de ginebra.

Mientras bebía a grandes tragos, pensó en lo que había ocurrido seis años antes. La conciencia no le remordía en absoluto; Dwenn estaba bien muerto. Lo único que lamentaba era no tener la pistola que usó entonces. De buena gana le habría pegado un tiro al sinvergüenza que le había fingido amor durante largas semanas, para acabar en un intento de estafa que ella, por fortuna, había conseguido evitar a tiempo. La edad, a fin de cuentas, tiene sus ventajas, porque da experiencia, reconoció amargamente.

Llenó la copa de nuevo. De pronto, presintió que no estaba sola.

Lentamente, volvió la cabeza y respingó al ver la forma negra que había surgido en el fondo de la sala.

—Eh, ¿quién es usted? ¿Qué hace en mi casa? —exclamó de malísimo humor.

—¿Es usted Alice Selfridge? —preguntó la otra mujer.

—Sí, pero no le he dado permiso para que entre aquí...

—Si se lo hubiera pedido, no me lo habría concedido.

Alice trató de traspasar con la mirada el espeso velo que cubría el rostro de la desconocida, vestida enteramente de luto, de los pies a la cabeza. Sólo podía entrever un óvalo muy blanco, sin detalles que permitiesen una posible identificación.

—Usted... me conoce...

—Si —repuso la mujer enlutada—. Es Alice Selfridge y hace seis años mató a mí padre, con otras seis personas. Yo soy la hija de Wallace Dwenn y estoy aquí para vengar su muerte.

—Espere... —gritó Alice—. No... está equivocada, yo no tuve nada que ver con la muerte de su padre...

—Es inútil —contestó la visitante.

Sacó una pistola, apuntó rápidamente y perforó la frente de la dueña de la casa. Alice Selfridge dio un tremendo salto, para desplomarse al suelo en el acto, muerta instantáneamente.

La mujer de luto guardó la pistola que no había hecho el menor ruido, silenciosa, discretamente, abandonó la casa y se fundió con las sombras de la noche.

Había terminado el trabajo y, de repente, sin saber exactamente los motivos, decidió volver al pueblo donde había vivido los felices años de su niñez y parte de la adolescencia, hasta que le llegó el momento de ingresar en la Universidad. Tal vez, en otra época del año, se habría abstenido de hacer aquel viaje, pero no tenía prisa en regresar a Londres y la distancia que había desde Edimburgo no era grande, por lo que, sin vacilar, tomó la carretera que le conduciría a su destino.

Cerca de mediodía, avistó el pueblo. En diez años, se dijo, no había cambiado nada. Seguramente, vivían la mayoría de las gentes que había conocido, pero no tenía ganas de andar de casa en casa saludando a viejas amistades y contando y repitiendo la historia de su vida.

Sólo quería echar un vistazo al paisaje de los alrededores. No era hombre propenso a mirar al pasado, pero tenía muy buenos recuerdos de la comarca y unas horas perdidas allí no significarían ningún perjuicio.

Atravesó el pueblo lentamente, con los ojos ocultos por unas

gafas de color. Se preguntó qué habría sido de Ilse Burr; aún recordaba los alegres momentos que había pasado con la niña, cuando iban los dos de paseo por las orillas del río. En el buen tiempo, se bañaban y él, que era ya experto nadador, vigilaba para que Ilse no sufriera ningún contratiempo.

Luego, ella había empezado a sufrir la transformación propia de toda joven, pero entonces habían tenido que separarse y sólo habían vuelto a verse una vez.

—Y luego, yo me marché a Oriente Medio y...

El río apareció a lo lejos, entre chopos y álamos. No lejos estaba el viejo puente de piedra, casi enteramente cubierto del verdor de las plantas trepadoras. La hierba abundaba y estaba festoneada por infinidad de florecillas de todos los colores.

De pronto, la vio, sentada en la orilla, con los pies descalzos metidos en el agua que parecía de cristal. El pelo estaba suelto y caía sobre su espalda.

Había parado el coche y se apeó. Lentamente, caminó hacia el río, apagadas sus pisadas por la espesa alfombra de hierba. Se situó a un lado para confirmar sus primeras impresiones, ya que no quería cometer un error ridículo, y pronto supo que había acertado.

Entonces, ella advirtió su presencia y volvió la cabeza. Durante unos segundos, se contemplaron recíprocamente, en silencio. Luego, ella fue la primera en hablar:

—¿Dick Pelham?

—Sí, Ilse —contestó él.

—He venido a pasar unos días de descanso —declaró la joven, tras las primeras frases de saludo—. Aún tengo familia en el pueblo, una hermana de mí madre, y siempre se alegra mucho de tenerme en su casa. Es un lugar tan hermoso... en el buen tiempo, claro: en invierno, resulta horrible...

—Es lo que yo pienso —convino Pelham—. Pero tú vives en Londres.

—Sí, Dick, en efecto. —Y trabajas allí.

—Por supuesto. ¿Tú también?

Pelham dudó un poco.

—Bueno, yo también me estoy tomando unas vacaciones —contestó—. Estuve muchos años fuera del país y volví hace poco. Aún no sé qué hacer, pero tampoco tengo prisa.

—Tienes una carrera y un título. Los hombres de tu especialidad suelen ser muy buscados.

—Ya lo sé, pero, repito, no tengo prisa. Y tú, ¿qué haces?  
Ilse vaciló.

—Bueno, mi empleo es... un poco raro. No sé cómo decirte... Me contrataron hace poco y me pagan bien, aunque los días de actuación no suelen llegar a más de una semana cada mes.

—¿Quieres decir que por una semana le pagan el sueldo de un mes?

—Algo por el estilo No sé si lo comprenderás... A mí me costó un poco al principio, porque ere: que se trataba de algo que no me parecía muy... no sé cómo decirlo. Dick...

—Algo no legal.

—Sí, es lo que pensé en un principio, pero luego he visto que mis aprensiones no tenían razón de ser.

—¿Tiene algo que ver con el Langley's?

Ilse se sobresaltó.

—¿Por qué has citado el nombre de ese teatro? —quiso saber.

—Te seré sincero. Hace algunas noches, fui con un amigo a presenciar la función. Al terminar, ese amigo me dijo que le acompañara al escenario: quería presentarme a unas amigas suyas, para irnos a tomar unas copas después de su ira bajo. Entonces te vi en un camerino, quitándote una máscara.

—Es cierto. Y eso significa que me viste actuar también con el Gran Julius.

—Exactamente. Fue una actuación genial: ese hombre es un verdadero maco y conoce infinidad de trucos y... ¿es cierto que te hipnotiza realmente?

—No, hombre —rió Ilse—. Lo simulamos, únicamente. Y cuando adivina cosas de la gente, me anticipa las respuestas con un bisbiseo que yo sólo puedo oír.

—Por ese trabajo, que dura una semana, te paga el sueldo de todo un mes.

—Sí, y un buen sueldo, todo hay que decirlo —contestó la muchacha—. Hace algunos meses, vino a visitarme y me propuso el empleo. Primero no me gustó, como te he dicho, pero luego acabé por convencerme de que no tenía nada de reprochable.

—Sin embargo, aquella noche te echó una buena bronca.

—En lo referente al trabajo es muy estricto. Las condiciones, si tú quieres, son un poco estrambóticas, pero no hacemos mal a nadie.

—Bueno —dijo Pelham—, pero ¿por qué la máscara, Ilse?

—Verás... No te lo diría, a no ser porque nos conocemos desde niños y hay la suficiente confianza entre ambos. Sin embargo, has de prometerme guardar el secreto.

—Prometido —contestó él.

—Son trucos de teatro y, aunque se engañe un poco a la gente, tampoco se hace mal a nadie. El Gran Julius tiene una ayudante, que si es una auténtica médium. A ella si la hipnotiza realmente: yo he ido a presenciar la función y he podido darme cuenta de que no hay truco. Pero al cabo de unos días, ella se fatiga mucho y tiene que tomarse un descanso. Entonces actúo yo, y para que el público no note nada, tomo su aspecto. Somos un tanto parecidas de rostro, pero aun así no sería suficiente.

—Y por eso la máscara...

—Sí. La figura es idéntica y yo me he estudiado a la perfección sus movimientos y ademanes. Eso es todo. Dick.

Pelham se echó a reír.

—La cosa tiene gracia —dijo—. Te vi quitarte la máscara unos momentos y luego fui otro día y te confundí con la auténtica Lavinia Norrell.

—Vaya, sabes su nombre y todo —se sorprendió Ilse.

—Bien, simpatizamos un poco y me invitó a tomar una copa en su apartamento.

—¿Nada más?

—No —mintió Pelham.

—Es raro —comentó Ilse.

—¿Qué encuentras de raro?

—El Gran Julius es muy celoso y no permite que nadie la acompañe.

—Aquella noche no dijo nada, porque no estaba presente. Y he estado con Lavinia en varias ocasiones más, y el Gran Julius, que yo sepa, no ha formulado la menor objeción.

—Quizá ha cambiado de parecer —apuntó la muchacha. Es preciso reconocer que Lavinia es una mujer muy bella.

—Tampoco tú te quedas atrás, Ilse.

—Vamos, hombre, no me vengas ahora con arrumacos. ¿Te has enamorado de Lavinia?

—No. Me gusta estar a su lado, pero no creo que eso sea verdadero amor. Si lo fuese, no querría separarme de ella ni un momento. Es más, ya le habría pedido que dejase su trabajo.

—¿Hablas en serio?

—Absolutamente.

—Dick, no creo que el Gran Julius lo consintiera.

—Ilse —contestó el joven lentamente—, hablo en hipótesis, por supuesto, pero si amase realmente a Lavinia, me la llevaría conmigo, aunque hubiese un millar de Julius dispuestos a impedírmelo. ¡Demonios, ella no es una esclava!

Ilse se quedó muy pensativa.

—No es una esclava —repitió—. Pero a veces lo parece...

—¿Cómo?

—Oh, era sólo un comentario, no me hagas demasiado caso. De modo que no hay amor, sino sólo simpatía.

—Puedo asegurártelo. Ilse; y si estuviese enamorado de ella, te lo diría igualmente.

—Eres un chico estupendo. Oye. ¿Por qué no cambiamos de conversación?

—¿Qué tema me sugieres?

—Truchas fritas, según la receta de tía Winifred —contestó Ilse alegremente.

—Es un tema realmente encantador dijo Pelham riendo.

Cuando se separaron aquella tarde. Pelham le entregó su tarjeta.

—Llámame a tu regreso —pidió.

Ilse leyó la tarjeta y silbó.

—Es un hotel para potentados —comentó, admirada.

—Hasta que encuentre una casa a mí gusto —dijo él—. Adiós, Ilse; espero que nos veamos pronto.

La muchacha asintió sonriendo Pelham subió al coche, dio el contacto y arrancó, agitando la mano en señal de saludo.

Ilse contempló el automóvil, hasta perderlo de vista. También ella guardaba buenos recuerdos de los tiempos pasados... cuando era una niña solamente y estaba enamorada del gallardo mozo en que se había convertido el hijo del señor y la señora Pelham.

—Volveré a verlo —se prometió a sí misma.

El sargento Green entró en el despacho de su superior y dejó una carpeta encima de la mesa. El inspector Seands le miró inquisitivamente.

—Nada, señor —suspiró Green.

—Nada todavía, ¿eh? ¿Qué dice el informe de la autopsia?

—Muerte instantánea El proyectil interesó el cerebro. No hay rastros de droga en el organismo; sólo un poco de alcohol, el adecuado a un par de copas.

—¿El proyectil?

—Es del mismo calibre que el que causó la muerte de Daxton, pero salió de un arma diferente, señor.

Seands dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Tenía la esperanza de que el asesino hubiera sido el mismo en ambos casos, pero el informe de balística echa a perder mi hipótesis.

—¿Habríamos ganado algo con eso, si hubiese sucedido así?

—Claro que sí, porque hubiera resultado que las muertes tenían alguna relación entre sí. Y dado que los asesinos fueron distintos, es de suponer que los móviles de ambos crímenes fuesen radicalmente diferentes.

—Bueno —dijo el sargento—, yo he oído decir que hace años Daxton y la señora Selfridge tuvieron negocios en común, aunque ignoro de que se trataba. Aunque los motivos sean distintos para cada caso, quizá, investigando un poco en esa dirección, podríamos conseguir alguna pista.

—Es cierto —admitió Seands—. Pero ¿quién podría darnos detalles sobre el particular?

—La señora Selfridge no tenía familia, prácticamente: le quedaban algunos parientes lejanos, con los cuales apenas si se relacionaba. Ya sabe usted, felicitaciones por Navidad y tal vez algún cumpleaños, pero nada más.

—En cambio, nos queda la señora Daxton.

—Exacto, señor.

Seands se puso en pie y agarró su sombrero.

—Vamos a ver a la señora Daxton —dijo.

La visita, contra lo que había esperado, no resultó demasiado fructífera.

—Sé que hubo algo entre ellos, aunque no puedo facilitarles

detalles —contestó la viuda—. Mi esposo jamás me tuvo al corriente de sus asuntos ni a mí, a decir verdad, me importaban demasiado.

—Gracias, señora —dijo el inspector, exaltando valerosamente la decepción que le habían causado las respuestas de la mujer.

Pero, cuando ya se marchaban, la señora Daxton llamó la atención de los dos policías.

—¡Esperen! Ahora recuerdo... Claro que puede no tener la menor importancia, pero... Hace unos seis años, mi marido perdió una importantísima suma de dinero. Nunca me lo dijo, pero logré averiguarlo atando cabos aquí y allá... A veces, incluso, soñaba en voz alta durante las noches y en una de ellas le oí mencionar el nombre de la señora Selfridge. Creo que esa mujer también perdió dinero, pero no podría asegurarlo firmemente. Confío en que esto les sirva de algo...

—Gracias, señora Daxton, ha sido usted muy amable —dijo el inspector Seands.

Cuando estaban en el coche, se volvió hacia su subordinado.

—Green, puede ser una pista —dijo—. Muy pequeña y, además, quizá nos conduzca a un sitio equivocado, pero debemos investigar en esa dirección, ¿comprendido?

—Sí, señor —respondió el sargento.

## CAPÍTULO V

Estaba sentado en la butaca, cuando notó que alguien ocupaba la contigua. Al volverse, distinguió el rostro de Ilse.

—¿Tú por aquí? —sonrió Pelham.

—Vengo muchas veces. Puesto que tengo que «doblar» a Lavinia, me conviene observar todos sus movimientos. El Gran Julius es muy perfeccionista. ¿Sabes?

Pelham asintió. En el escenario, Lavinia, ataviada con un traje rojo fuego, de una sola pieza, estaba en pie, algo echada hacia atrás, con la nuca apoyada en una tabla, de modo que el cuerpo quedaba separado de la misma y apoyado solamente en los talones. Sus brazos estaban pegados a los costados y tenía los ojos completamente cerrados.

El Gran Julius, vestido con frac, movió lentamente una mano. Lavinia empezó a moverse, despegando los pies del suelo. Giraba hacia arriba, ahora apoyada únicamente en la tabla.

Los espectadores contenían el aliento. Pelham no comprendía cómo podía hacer Lavinia una cosa semejante.

—Debe ser un truco —musitó.

—No —contradijo Ilse—. Es auténtico. Ella se mueve solamente con la fuerza de los músculos del cuello.

—Seguramente, por la hipnosis...

—No hay otra respuesta. Yo también lo hago, aunque, sin embargo, con truco. —¿De veras?

Ilse ocultó una risita.

—No podría levantarme ni dos centímetros del suelo —contestó—. La tabla es distinta y tiene un mecanismo oculto, una especie de varilla plana, que queda a mí espalda. Lo único que tengo que hacer es mantener las piernas estiradas, pero eso dura sólo un minuto y

no resulta difícil.

Lavinia estaba ahora completamente horizontal. El Gran Julius dio una vuelta entera a su alrededor, como si fuese un sumo sacerdote oficiando ante una deidad bárbara. Luego movió las manos lentamente y Lavinia inició el descenso. Al poner los pies en el suelo. Julius agitó las manos de nuevo, chasqueó los dedos y Lavinia abrió los ojos.

Casi en el mismo instante, se vio flaquear a Lavinia. Julius se apresuró a sostenerla en sus brazos.

Disculpe el respetable público —rogó, con la sonrisa en los labios—. El consumo de energías ha sido elevadísimo y mi *partenaire* lo está acusando.

Los aplausos sonaron más fuertes que nunca. Dos auxiliares llegaron corriendo con una gran capa blanca, envolvieron con ella Lavinia y se la llevaron en volandas. El Gran Julius hizo un par de reverencias más y se retiró, acompañado por los últimos aplausos de los espectadores.

Las chicas del *ballet* salieron a continuación. Ilse se puso en pie.

—¿Te marchas ya? —preguntó él—. Puedo llevarte a tu casa...

—Gracias, pero no será necesario. Presiento que habré de actuar mañana. Hablaré con Julius para saber qué proyectos tiene.

—Está bien. Oye, ¿no lo nota la gente?

Ilse se echó a reír. Ahora vestía desenfadadamente y el pelo quedaba suelto y largo, en lugar de llevarlo peinado, partido en dos por la raya central y con un gran moño en la nuca. Además, apenas si llevaba maquillaje en la cara.

¿Crees que me podrían contundir con ella, Dick?

Pelham hizo un gesto negativo.

—Sois inconfundibles —contestó.

Enormemente cansada, vacilante, Lavinia abrió la puerta de su apartamento y dio unos pasos en el interior, antes de darse cuenta de que la luz estaba encendida y que había alguien en el apartamento.

—¡Dick! —exclamó, vivamente sorprendida.

Pelham salió a su encuentro y la agarró por la cintura.

—Tienes una cara horrible —dijo—. Ven, siéntale: he puesto café a calentar y le añadiré unas gotas de coñac. Parece como si te hubieras quedado sin sangre.

—Estoy muy fatigada, en efecto. —Lavinia se sentó desmayadamente en el sofá—. Pero me recuperaré pronto —añadió.

—Eso espero.

Pelham fue a la cocina y volvió a poco con una bandeja en las manos. Momentos después, aprecio con satisfacción dos manchas rosadas en las mejillas de la joven.

—Así está mejor —dijo complacidamente. Agarró una silla y se sentó a horcajadas frente a Lavinia—. Me gustaría hablar en serio contigo —manifestó.

—¿Tienes algo importante que decirme, Dick?

—Sí. Hoy he estado en la función...

—¿Te ha gustado? —le interrumpió ella.

—Debo reconocer que el Gran Julius es un artista excepcional. Pero tú constituyes una parte muy importante de su éxito; yo diría que eres el setenta y cinco por ciento o más. Sin ti, muy poco podría hacer, fuera de algunos juegos de manos, no demasiado originales por otra parte. Pero la verdadera artista eres tú, aunque muchos piensen lo contrario, y el éxito del número se consigue a costa de tu salud.

—Yo me encuentro bien —alegó Lavinia—. Siempre me fatigo un poco después de cada sesión de hipnotismo...

—No trates de engañarme. Puedes, quizá, engañarte a ti misma, pero no a mí —respondió Pelham firmemente—. Cuando terminaste tu actuación, ofrecías un aspecto horrible y estuviste a punto de caer redonda al suelo. Nunca había visto que tuvieran que sacarte en brazos del escenario.

—El número de la levitación resultó fuerte, en efecto.

—Demasiado fuerte. Lavinia. Julius consigue sus triunfos a costa tuya. Domina tu mente de un modo total y eso se refleja en los inauditos esfuerzos que tiene que hacer tu organismo. Puedes acabar muy mal y no lo digo por un supuesto estallido de tu ente psíquico, sino, más simplemente, por un derrumbamiento total de tu cuerpo. Deberías dejar de trabajar en el teatro.

—¿Y qué haría entonces? —preguntó la joven, sorprendida.

—No lo sé, no se me ha ocurrido pensar en ello. Pero no es necesario ser médico para darse cuenta de lo peligroso que resulta para ti el trabajo que realizas. Deberías haberte mirado a un espejo cuando terminó la función.

—Dick, ya tengo una sustituta —exclamó Lavinia—. Es una muchacha que lo hace muy bien y me suple a la perfección. Nadie lo ha notado hasta ahora y mientras ella actúa, yo descanso y me repongo.

—Durante una semana escasa, pero luego actúas tres sin interrupción —dijo Pelham.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió ella.

Pelham sonrió.

—Da la casualidad de que conozco a tu sustituta desde que nació —repuso.

—Vaya, esto sí que es asombroso. No se me ocurrió que tú y la señorita Burr...

—Nuestras familias eran muy amigas y vivíamos en el mismo pueblo. Luego, yo fui a la Universidad y perdí el contacto con Ilse, hasta que volví a verla una noche en el teatro.

—Pero ella toma mi aspecto...

—La vi en el camerino, con su rostro auténtico. ¿No recuerdas que la primera vez te confundí con ella?

—Sí, es cierto —contestó Lavinia, sonriendo atractivamente—. Bueno. Ilse es una muchacha encantadora...

—Ahora estamos hablando de ti. Piénsalo bien. Deberías dejar la profesión.

—Tengo que pensar en ello, pero no sé qué podría hacer entonces...

—Lavinia, ¿no has ahorrado algún dinero? El teatro se llena a rebosar todas las noches y el Gran Julius debe de cobrar unos honorarios muy elevados. Tú no eres una simple *partenaire* que se limita a sostener una bandeja con las manos o a entregarle tal o cual aparatito de magia, sino parte integrante del número, hasta tal extremo, que Julius no haría nada sin ti. Te pagará bien, supongo.

—Unas cien libras semanales —contestó ella.

—¡Que miseria! —se escandalizó Pelham—. Ese individuo debe de cobrar por lo menos diez veces esa cifra... Dime, ¿no tienes algunos ahorros?

—Bueno, unos cuantos cientos... El apartamento es caro y me compro mucha ropa... No podría vivir de rentas, ciertamente.

Pelham entornó los ojos.

—Lavinia, dime, ¿cómo llegaste a conocer al Gran Julius? —

preguntó.

—Fue hace cosa de un año, poco más o menos. Yo había vivido hasta entonces fuera del país. Mi padre, al morir, dejó una pequeña cantidad de dinero, que me bastaba para mis estudios de *ballet*, cosa que siempre me gustó muchísimo. Incluso tenía un puesto secundario en una compañía que actuaba en París, porque la herencia de mí padre se había acabado ya. Julius me vio actuar un día y me propuso trabajar para él. Hicimos algunas pruebas y... Bueno, el sueldo es mucho mejor que el que cobraba como bailarina.

—Entiendo. Lavinia, no quiero seguir molestándote más; estás cansada y necesitas reposar. Piensa muy seriamente en lo que te he dicho. Eres joven y la fortaleza de la edad es siempre un factor a tu favor. Pero un día podrías derrumbarte totalmente y la recuperación costaría muchísimo, suponiendo que llegaras a conseguirlo.

—Hablas como un auténtico psiquiatra.

—Como un hombre con sentido común —puntualizó él, a la vez que se ponía en pie.

Lavinia se levantó también.

—¿Te vas? ¿No quieres quedarte? —dijo, insinuante.

Pelham se acercó a ella y la besó con suavidad en una mejilla.

—El descanso debe ser absoluto —se despidió.

Pelham se sentía un tanto irritado.

Había ido al teatro, para esperar a Ilse, y la había visto salir acompañada del Gran Julius. La muchacha llevaba puesta la máscara con la que «doblaban» a Lavinia y no se la quitó, ni siquiera cuando subió al lujoso automóvil del artista. Pelham los siguió y comprobó, con bastante alivio, que Ilse subía sola a su apartamento.

Cuando el Gran Julius se hubo marchado, él entró en la casa y subió rápidamente las escaleras que llevaban al segundo piso. Momentos después, llamaba a la puerta del apartamento de Ilse.

La muchacha abrió a los pocos instantes y se sorprendió enormemente al ver a Pelham.

—¡Dick! ¿Qué haces aquí, a estas horas? —exclamó.

—¿Puedo hablar contigo?

—Claro, pero... —Ilse miró su reloj de pulsera—. Van a dar las dos muy pronto y estoy cansada.

Pelham escrutó el rostro de la muchacha y le pareció apreciar cierta palidez en sus facciones. Pero el aspecto de Ilse no se podía comparar con el de Lavinia noches antes.

—Gracias —dijo al cabo—. Fui a esperarte a la salida del teatro.

—¿De veras? No te he visto...

—Ibas acompañada del Gran Julius.

—Ah, sí... Se ofreció para traerme a casa. No le iba a decir que no, ¿verdad?

—¿Por qué llevabas puesta la máscara?

—Figura en mi contrato. Ya lo sabía cuando acepté el trabajo y no puedo quejarme.

—Esto no me gusta —rezongó él.

—¿Qué es lo que no te gusta? —preguntó Ilse, extrañada.

—No lo sé... No podría definirlo, pero esto que sucede me parece un poco raro, fuera de lo común...

Ilse se echó a reír.

—Nada de lo que sucede entre las gentes de teatro tiene algo de corriente. Somos un mundo aparte, Dick.

—¿Tú también?

—Trabajo en un teatro, ¿no?

—Bueno, pero, en realidad, no eres artista...

Ella se puso las manos en las caderas.

—Ah, de modo que no soy artista —exclamó irritada—. No digo que lo que yo hago sea lo más sublime del arte, pero, dime, ¿no encuentras mérito en representar el papel de otra persona, sin que el público lo note?

—La gente que fue ayer al teatro no asistió esta noche —dijo él hoscamente.

—Con lo cual, según tú, no se dan cuenta de la sustitución. Pero ¿qué me dices de las gentes del teatro, empleados y demás? ¿Qué me dices de los críticos teatrales? ¿Has oído alguna vez que se haya sabido el truco de la sustitución?

—Mujer, no...

—Entonces, creo que soy artista, ¿eh?

—Ilse, de todas formas, esto no me gusta —insistió él.

—Dick, somos amigos desde que éramos niños —respondió la muchacha, muy seriamente—. Yo trabajo una semana en un mes y cobro, ya le lo dije, todo el salario completo. Trescientas libras al

mes. Si me encuentras otro empleo mejor...

—Usas un argumento demasiado contundente —reconoció Pelham.

Ilse le dirigió una mirada oblicua.

—Oye, ¿no estarás celoso...?

—¿Quién, yo? —Pelham se echó a reír—. Somos buenos amigos y no me gustaría que te sucediera nada...

—Me sucedería algo malo si perdiese el empleo, porque me quedaría sin trabajo —respondió Ilse tajantemente.

## CAPÍTULO VI

Aunque se sabía de memoria lo que iba a ver, decidió acudir al teatro a la noche siguiente, para presenciar la actuación de Ilse. Cuando la vio aparecer en el escenario, no habría podido asegurar que no era la auténtica Lavinia.

El trabajo de Ilse resultó impresionante. El público aplaudió a rabiar. El truco de la levitación, levantarse en el aire con la nuca como único punto de apoyo, estaba magistralmente realizado y nadie podía darse cuenta de que era fingido y no real como en el caso de Lavinia.

Por otra parte. Ilse, en otros momentos de su actuación, adivinó pensamientos de alguno de los espectadores y también dijo objetos que llevaban sobre si y que, lógicamente, no tenía por qué conocer. Era preciso admitir que el Gran Julius era un artista como pocos.

Al terminar, la muchacha vaciló ligeramente, pero se recuperó por sí misma enseguida. Saludó con inimitable gracia y luego se retiró, dejando solo al Gran Julius para que recibiera las ovaciones de los espectadores.

Cuando llegó a su camerino, cerró la puerta con doble vuelta de llave, puso un trapo sobre la cerradura y corrió al tocador, a quitarse la máscara. Cuando lo hubo hecho, respiró a pleno pulmón.

—Dios mío... creí que me daba algo...

De pronto, llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Julius. Abre, por favor, Lavinia.

En público, siempre se trataban como si fuesen la pareja auténtica. Ilse se levantó, cruzó el camerino, abrió la puerta y se quedó a un lado.

Julius entró con paso rápido. Ella cerró de nuevo.

—Tengo que decirle algo —manifestó.

—Yo también venía a decirle... —Julius se volvió y entonces apreció que Ilse llevaba el rostro al descubierto—. ¿Por qué se ha quitado la máscara? —gritó, encolerizado.

—De eso precisamente quería hablar —respondió ella sin amilanarse—. Me la he quitado, porque no podía soportarla más. Estaba a punto de ahogarme y no sé aún cómo he podido resistir hasta el final. Oiga, ¿no podría hacer una más cara de un material más... transpirable? A veces me parece estar en el fondo del mar, sin oxígeno...

—Hay agujeros para la nariz —alegó él.

—No es suficiente. Necesitaría que el material fuese me nos impermeable. A veces, me sofoco...

—No la lleva puesta tanto tiempo —refunfuñó Julius—. Actuamos en total menos de una hora, con un descanso a mitad del espectáculo.

—Sí, pero tengo que venir de casa con la máscara puesta y hasta que vuelvo y puedo quitármela, pasan, en ocasiones, más de tres horas. Le agradecería que pensara muy seriamente en lo que le he dicho. Admito que es un trabajo relativamente sencillo y bien remunerado, pero... no todo se reduce a eso, ¿me comprende?

—Muy bien, de acuerdo, pensaré en ello. Sí, me doy cuenta de que debe de padecer bastante y procuraré remediarlo. Y ahora, por favor, vayamos a lo nuestro.

—Sí, señor —contestó Ilse.

—Lavinia ha salido fuera unos días, a reponerse en una playa del Sur. En esta ocasión, tardará dos semanas, en lugar de una. Dado que no puedo interrumpir el espectáculo, ¿tendría usted inconveniente en suplirla otra semana más? Por supuesto, le pagaré la suma convenida... Es decir, cobrará el salario de dos meses...

Ilse sonrió.

—No tengo ningún inconveniente —respondió—. Pero ha de prometerme que estudiará el asunto de la máscara.

—Descuide, mañana mismo sin falla empezaré a trabajar en ello. Gracias, señorita Burr.

Ilse volvió al tocador y se colocó la máscara. Entonces, Julius se fue hacia la puerta.

—Siento mucho no poder acompañarla hoy hasta su casa —dijo.

—No se preocupe, tomaré un taxi.

—O tal vez la acompañe el apuesto joven que hoy estaba en la primera fila y que se la comía con los ojos.

—Aunque sea con la cara de oír, una tiene derecho a sus admiradores, ¿no?

—Tenga cuidado —recomendó Julius—. Recuerde que su contrato le impone determinadas condiciones.

Ilse fue a decir que aquel «apuesto joven» era amigo de la infancia y que ya lo sabía, pero callo, porque se daba cuenta de que el Gran Julius podría enfadarse tanto, que incluso sería capaz de despedirla. Había encontrado un buen trabajo y no sentía el menor deseo de ver inscrito su nombre en las listas de las oficinas de empleo.

—Váyase tranquilo —contestó—. Suponiendo que ese hombre quiera acompañarme, le dejare que crea que está galanteando a Lavinia.

Julius sonrió y se marchó. Ilse, sin embargo, se llevó una decepción, porque Pelham no la aguardaba a la salida del teatro.

Pelham había decidido hacer otra cosa diferente. Ignoraba a ciencia cierta los motivos, pero sentía un oscuro resentimiento contra el Gran Julius. Había algo en aquel hombre que no le gustaba en absoluto.

¿Era cierto que tenía tan fantásticos poderes mentales?

Cuando Julius embarcó en su coche, él lo siguió a discreta distancia, en el suyo. Quería saber algo más del Gran Julius, algo que ni Lavinia ni Ilse podrían decirle.

Con gran sorpresa suya, el coche se detuvo ante el edificio donde vivía Lavinia. Pelham, apostado en un lugar discreto, vio al sujeto apearse, cruzar la acera y entrar en la casa.

Momentos después, vio que se encendían las luces del apartamento de Lavinia. Desde su observatorio. Pelham presenció una curiosa escena.

Lavinia vivía en un segundo piso. La casa, elegante, pero antigua, sólo tenía dos plantas y el ático. Las siluetas se recortaron con toda nitidez. Había cortinas, pero eran de tejido muy fino.

Julius abrazó a Lavinia y la besó apasionadamente. Pelham pudo ver que ella le correspondía con no menos ardor también pudo ver que Julius empezaba a quitarle las ropas a la joven, sin que ella

opusiera la menor resistencia.

Fue un número de striptease, al estilo de las sombras chinescas, en silueta. Pelham no quiso continuar viendo algo que le asqueaba y se marchó de aquel lugar, rebosante el ánimo de amargura y decepción.

—Bueno, ¿qué se podía esperar? —murmuró—. Todas son iguales...

El teléfono sonó inesperadamente y Wade Royce se sobresaltó un instante, aunque se rehízo enseguida y levantó el aparato.

—Royce —dijo secamente.

—Soy Hedda Dwenn.

Hubo un momento de silencio. La frente de Royce se llenó en el acto de minúsculas gotas de sudor.

—La... la hija de Wallace Dwenn.

—En efecto. Quiero verle, señor Royce.

—¿No puede decirme los motivos, señorita Dwenn?

—¿No es capaz de imaginárselo?

—Oiga, usted no estuvo allí... No sabe que yo... Bueno, quiero decir que no podría probar...

—A mí no me hacen falta las pruebas. Lo sé y basta.

Royce tuvo que admitir que, desde su punto de vista, Hedda tenía razón.

—Hay cosas que pueden arrestarse con dinero —sugirió.

—Celebro que piense de ese modo —contesté la mujer.

—Peto su padre me robó ciento veinticinco mil...

—Habría devuelto el dinero. Sólo necesitaba tiempo y ustedes no se lo concedieron.

—Está bien, está bien, no discutamos algo que ya no tiene remedio. ¿Cuánto?

—Cincuenta mil.

Royce dio un salto en su sillón.

—Es demasiado —protestó.

—La policía no tiene pruebas de la muerte de Wallace Dwenn, pero alguien podría informar anónimamente el lugar al que fue arrojado el cuerpo. Scotland Yard sabe que desapareció y podría reabrir el caso. No lo pasaría usted tan bien, a pesar de que alegue la falta de pruebas. Ahora ha alcanzado una próspera situación y podría perderla tras el escándalo.

Royce maldijo entre dientes. No sabía de dónde había salido la hija de Dwenn, pero se daba cuenta de que lo tenía cogido por el cuello.

—Deme tiempo —pidió.

—Veinticuatro horas solamente. Mañana a las diez de la noche, estaré en su casa. Usted tendrá el dinero preparado. No me tienda ningún lazo o le pesará.

—De acuerdo. Mañana, a las diez.

El teléfono volvió a su sitio. Royce juntó las yemas de los dedos y se puso a pensar.

Ni en sueños pensaba pagar cincuenta mil libras. Podía o no ser la hija de Dwenn, reflexionó, ahora más calmado, pero en todo caso, se trataba de un chantaje. Y si cedía una vez, cedería más y más... Lentamente, abrió el cajón de su mesa de despacho y sacó un revólver niquelado, de cañón corto. Comprobó que estaba cargado y lo devolvió a su sitio.

Tanto si era hombre como si se trataba de una mujer, la persona que iba a venir al día siguiente se llevaría un gran chasco.

—Sacaré un par de miles y haré ver que sorprendí al ladrón...

A las diez de la noche del día siguiente. Royce entró en su despacho y encendió las luces. Era una pieza pesadamente decorada, con gruesos cortinajes de color rojo oscuro. Puso el dinero sobre la mesa y luego volcó una silla y una lámpara. Varios libros de una estameña cayeron al suelo desordenadamente. Dos de los cuadros perdieron su posición normal y quedaron inclinados.

—Más desorden sería, quizá excesivo —dijo a media voz.

En el vestíbulo de la casa, sonaron diez lentas campanadas. Royce abrió el cajón derecho de su mesa y alargó la mano.

Sintió frío. La frente se le llenó de sudor.

¡El revólver había desaparecido!

—No se moleste en buscar —sonó de pronto una voz de mujer, de graves acentos—. Su revólver está en mi poder.

Royce lanzó una ahogada exclamación.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Eso es lo de menos. Lo que importa es que estoy aquí, para vengar la muerte de mi padre.

—Su padre nos traicionó miserablemente. Se quedó con un millón de libras que no le pertenecían...

—Él no lo hizo.

—¿Ah, no? Entonces, dígame quién fue, porque no había otro que pudiera disponer de nuestros fondos como si fuesen propios. Puede que no estuviese bien lo que hicimos, pero lo que hizo él fue una canallada.

—Era inocente y ustedes lo asesinaron —insistió la mujer—. Y yo he venido a vengarme.

Royce intuyó que había llegado al final del drama y tendió una mano desesperadamente, intentando parar algo irremediable.

—¡No, por favor, no! ¡Por fav...!

La bala salió y le alcanzó en medio de la frente.

## CAPÍTULO VII

El inspector Seands contempló con disgusto el cuerpo hecho un ovillo que yacía al pie de la mesa de despacho, en una habitación un tanto revuelta.

—Otro muerto más, de forma misteriosa y sin que tengamos el menor indicio de quién pueda ser el asesino —dijo entre dientes.

—Parece que hubo intento de robo, señor —apuntó el sargento Green.

Los expertos de la policía se movían aquí y allá tomando fotografías y buscando huellas dactilares y otros rastros. Uno de ellos, de pronto, enseñó un revólver que había encontrado en uno de los cajones de la mesa.

—Inspector —llamó.

Seands acudió y examinó el arma, sostenida por el guardamonte mediante un lápiz.

—Está completamente cargada —dictaminó—, lo cual significa que la víctima no tuvo tiempo de utilizarla. Y sin embargo, hubo lucha en la estancia...

El forense examinaba el cadáver y se levantó al cabo de unos momentos.

—Muerte instantánea —dijo—. La bala interesó el cerebro. Luego le enviaré un informe más completo, inspector.

—Está bien —contestó Seands—. Procure examinar sus uñas. Parece que hubo pelea y si fue así, pudo arañar a su asesino.

El médico le miró con sorpresa.

—¿Pelea? —repitió—. No he encontrado en el cuerpo la menor señal de violencia, salvo la que, lógicamente, ha producido la hala. El desorden de sus ropas es mínimo, excepto el correspondiente a una caída no deseada. Pero no he apreciado ningún rasgón en la

ropa ni botones arrancados...

—Haga lo que pueda, doctor —pidió Seands.

—Está bien, lo intentaré, pero, aunque el experto en cuestiones policiales es usted, yo diría que el desorden que se observa fue causado después de la muerte de la víctima, a fin de provocar confusión en las investigaciones.

—¿Usted cree, doctor? —se asombró el inspector. Estoy casi seguro. No obstante, lo confirmaré mediante un examen más a fondo del cadáver. Ya le enviaré mi informe más tarde.

El médico se marchó. Seands se volvió hacia su subordinado.

—Sargento, es preciso enviar cuanto antes a Balística el proyectil que causó la muerte de Royce. Quiero compararlo con los otros dos que ya tenemos.

—Son distintos, señor —dijo Green.

—Sí, lo sé, y eso es lo que más me extraña, porque parece como si el asesino usara cada vez una pistola diferente. ¿Por qué ese detalle?

—Bueno, si cada vez usa una pistola distinta, las pesquisas se pueden ver muy comprometidas, señor.

—En eso tiene usted toda la razón —convino Seands. Paseó la mirada a su alrededor—. Cada muerte, una pistola y una bala distintas... Ahora, un intento de simulación de lucha, para confundirnos... ¿Por qué?

Estuvo inmóvil unos momentos y luego echó a andar resueltamente hacia la puerta.

—Voy a hablar con la señora Royce, si es que está en condiciones de atenderme —manifestó—. Green, ocúpese del resto.

—Sí, señor.

La señora Royce se hallaba muy abatida, pero, aun así, se esforzó por contestar cómo pudo a las preguntas del inspector. Dijo que no había visto ni oído nada, y que la primera noticia que tuvo fue el estampido del arma que había matado a su esposo. En unión de las dos mujeres que componían la servidumbre, corrió hacia el despacho, encontrándose a su esposo muerto y...

La mujer sollozó un rato y luego procuró dominarse.

—Mi marido andaba muy preocupado en los últimos días —declaró.

—¿Temía ser asesinado? ¿Se lo confesó a usted, señora? —

preguntó Seands.

—No, pero ahora lo veo claro... Sí, temía ser asesinado... Una vez le oí hablar por teléfono con alguien... Mencionó el nombre de Wallace Dwenn, el hombre que le estafó ciento veinticinco mil libras hace unos seis años...

—Una bonita cifra —se admiró el inspector—. ¿Qué fue de ese tal Dwenn, señora Royce?

—Creo que murió, pero no sé más. A mi esposo le costó mucho recobrase de la pérdida de esa suma.

—Me lo imagino. Y, dígame, ¿sabe usted con quién hablaba por teléfono cuando mencionó a Dwenn?

—No, no pude oír el nombre del otro, pero sí el de la hija de Dwenn. Me pareció, además, como si mencionase algo parecido a una venganza...

—¿Una venganza? ¿De quién, señora?

La mujer se puso una mano en la frente.

—Por favor... no puedo más... —gimió.

Seands se dijo que, por el momento, había conseguido bastante. Ya volvería a hablar con la viuda de Royce cuando ésta se sintiera en mejores condiciones.

Ilse tardó un buen rato en abrir la puerta y Pelham ya empezaba a alarmarse, cuando la vio aparecer ante sus ojos envuelta en una bata y con grandes círculos oscuros en torno a los ojos.

—Ah, eres tú —dijo la muchacha con aire de displicencia—. Perdona, pero estaba dormida como un leño...

—¿Sedantes?

—Ni un miligramo. —Ilse le volvió la espalda—. ¿Quieres preparar café en grandes cantidades, mientras me asco un poco?

—Claro, encanto.

Pelham fue a la cocina y empezó a trastear, un tanto preocupado por el aspecto de Ilse. Ella vino quince minutos más tarde, con la cara limpia y el pelo sujeto por una cinta encarnada.

—El café huele estupendamente —sonrió.

—Pruébalo, pero no abuses, porque empezarías a dar saltos en el acto —dijo él con jovial acento—. Ilse, ¿te ocurre algo?

—No. ¿Por qué, Dick?

—Tu cara... Estás algo más pálida... Esas ojeras, por ejemplo, no me gustan nada. Has dicho que no tomas sedantes, pero ¿bebes?

—Lo corriente. Un par de copas al cabo del día. A veces, ni eso. No, no soy una dipsómana y mucho menos, aficionada a las drogas de cualquier clase. Pero quizá es el exceso de trabajo.

—¿Exceso de trabajo?

—Sí. El «original» está de vacaciones, agotada, precisamente, por su trabajo, y el Gran Julius me pidió que la supliese durante un par de semanas en lugar de una, que es lo habitual. Por fortuna, ella volverá muy pronto, pasado mañana, y entonces yo podré descansar.

—Bueno, si es así... Eso quiere decir que trabajas en el teatro hoy y mañana.

—Exacto.

—Y luego tendrás dos semanas de vacaciones, por lo menos.

—Eso espero, Dick. Eh, ¿adónde quieres ir a parar?

—Te invito a dos semanas de vacaciones. Escucha, estamos en mayo y todavía no hay demasiada gente. La Riviera francesa o Mallorca o el Sur de España... Gastos pagados. Ilse.

Ella le dirigió una mirada oblicua.

—Y... ¿una sola habitación? —preguntó, maliciosa.

—Tomaremos dos. No quiero que pienses mal de mí ni me gustaría obtener nada que no fuese por mí propia... llamémosle gracia personal, ¿eh?

Ilse se echó a reír.

—Eres un chico encantador —contestó—. Y, aunque parezca mentira en estos tiempos, soy el raro espécimen de mujer que no pasa por ciertas actitudes. Tú me entiendes, ¿verdad? —Perfectamente. Entonces, ¿aceptas?

—¿Me permites pensarlo veinticuatro horas?

—Desde luego. Ilse, te invito a almorzar. Es decir, si no tienes ningún compromiso...

Ella consultó su reloj de pulsera.

—Mi único compromiso es con el peluquero y llegaré tarde, a poco que me descuide —exclamó—. Voy corriendo a vestirme...

—Tengo mi coche abajo; te llevaré y así sabré dónde ir a buscarte para el almuerzo.

—Estupendo, Dick.

Ilse fue a su dormitorio. Pelham se acercó a la puerta.

—Y esta noche iré al teatro; tengo una butaca de primera fila —

exclamó.

—Dick, eso es asombroso —calificó Ilse—. ¿Cómo lo has conseguido?

—La puerta está cerrada —contestó él casi a gritos—. De lo contrario, me verías guiñarte un ojo. Sonó una alegre carcajada. Luego, Ilse dijo:

—¿Sabes? Me alegro de que hayas venido. Ahora me encuentro mucho mejor, pero he pasado una noche espantosa, soñando unas horribles pesadillas, que me hacían sudar y...

—Seguramente, te hizo daño algo que tomaste para cenar.

—Sí, eso debió de ser, Dick.

Terminaban de almorzar, cuando de pronto Pelham vio un rostro conocido y lanzó una exclamación de alegría.

—¡Eh, viejo zorro! —dijo—. Acércate, hombre... A me nos que estés buscando a algún criminal...

El inspector Seands volvió la cabeza y divisó a una pareja sentada ante una mesa. Reconoció al hombre y se acercó con la sonrisa en los labios.

—Dick, muchacho —exclamó—. ¿Qué es de tu vida? Buena vida, a juzgar por la dama que tienes al lado.

—Es una amiga de la infancia, viejo zorro —contestó el joven—. Ilse, te presento al inspector Seands del Yard. Viejo Zorro, ella es Ilse Burr.

—Señorita... —Seands estrechó la mano de la muchacha—, aunque su amigo me llama de cierta forma, mi verdadero nombre es mucho más prosaico: James. Puede llamarme Jim, si lo desea.

—Encantada, Jim —sonrió ella.

—¿No quieres tomar una copa con nosotros? ¿O has localizado al misterioso asesino en este restaurante y vas a detenerle?

Seands se dejó caer pesadamente en una silla y agitó la mano para que acudiese el camarero.

—No creo que el criminal esté aquí —dijo. Encargó el menú y miró a su amigo—. Dick, ¿dónde has estado todos estos artos?

—Por ahí —contestó Pelham—. Haciendo dinero, en lugar de, como tú querías, patear las calles de Londres, debajo de un casco con un número.

—No es tan mal oficio, creo yo —rezongó Seands—. Mírame a mí, ya soy inspector...

—A ti te gusta, pero a mí no. Ilse, Jim y yo somos amigos desde hace muchos años, pese a la diferencia de edad, y hubo un tiempo en que quería reclutarme para la Policía Metropolitana.

—Tu destino era muy diferente. Dick —sonrió Ilse.

—De todos modos, opino que hubiera sido un buen policía —dijo Seands—. Claro que, si no le gustaba...

—Te veo un poco deprimido —observó Pelham—. ¿Se debe sin duda a esos misteriosos asesinatos de los que tanto habla la prensa estos días?

—Algo de eso hay —admitió Seands—. Es un caso muy complicado y... Bueno, no quiero amargarles el almuerzo con mis preocupaciones. Dick, ¿habrá boda pronto?

Ilse se sonrojó vivamente. Pelham se echó a reír.

—Por ahora, sólo somos buenos amigos —contestó.

—Ya, de la infancia —dijo Seands socarrona mente.

—Pues, sí, aunque te cueste creerlo.

—Le aseguro que es cierto. Jim —dijo Ilse.

—Los amigos de la infancia, cuando son de distinto sexo, suelen acabar en esposos —declaró Seands.

—Todavía no hemos mencionado ese aspecto de nuestras relaciones. Jim —respondió el joven.

—Ya llegará, ya llegará... —rió Seands.

Ilse volvió a ruborizarse. Pelham levantó una mano y llamó al camarero.

—Viejo Zorro, perdona, pero tenemos que marcharnos. Por cierto, permite que te invite. Y no lo tomes como un soborno, desde luego.

Seands se puso en pie.

—Espero volver a verles pronto —deseó, al despedirse de la pareja.

—Quizá Jim haya hecho una profecía —murmuró Pelham, una vez en la calle.

—¿Profecía? —repitió Ilse.

—Sí, respecto a nuestro futuro...

Ilse le puso la mano en la boca.

—Deja pasar algún tiempo, antes de hablar de nuevo sobre ese tema —pidió, con cautivadora sonrisa.

—Si tú lo dices...

—Es pronto todavía, Dick.

Pelham asintió. Además, no estaba seguro de sus sentimientos hacia Ilse.

Lo mejor era dejar pasar un tiempo prudencial, se dijo.

—A pesar de todo: insisto en lo de las vacaciones —manifestó.

—Me diste veinticuatro horas de plazo —le recordó ella.

—Mañana, a las diez, te lo diré de nuevo. Ilse.

Por la noche, Pelham fue al teatro Ilse tuvo una actuación memorable y el joven dudó más de una vez acerca de la verdadera personalidad de la *partenaire* del Gran Julius. La caracterización de la muchacha era maravillosa, hasta el punto de que empezó a preguntarse si Ilse no acabaría por desbancar a Lavinia Norrell.

Frunció el ceño, porque acababa de recordar cierta escena presenciada a través de una ventana iluminada. La idea de que Ilse pudiera caer en brazos del Gran Julius se le hizo de repente insoportable. «No, no lo permitiré en absoluto», se prometió a sí mismo.

Al terminar la representación. Use volvió a su camerino muy agotada, sin saber exactamente los motivos. Estaba mor talmente cansada y se sentó ante el espejo, muy deprimida de ánimo. En aquel momento, tomó una decisión.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo.

El Gran Julius entró. Cruzó la estancia, tomó sus manos y las besó sucesiva y apasionadamente.

—Ha estado maravillosa, como nunca —exclamó—. ¿Sabe que, incluso a mí mismo, me ha hecho olvidar a Lavinia?

Ilse se levantó, cerró la puerta con llave y se quitó la máscara.

—Señor Vildaunt, voy a tomarme dos semanas de vacaciones —anunció de sopetón.

—Ah... —dijo el artista, levantando mucho sus picudas cejas—. Sin duda, necesita un cambio de aires...

—Estoy un poco cansada, ésta es la verdad —dijo ella—. Actuaré mañana, pero nada más, hasta mi regreso.

—Perfectamente. Lavinia vuelve hoy y usted, si lo desea, puede tomarse no dos, sino tres semanas de vacaciones. Es más, le diré que me ha complacido tanto su actuación, que añadiré una prima extra de cien libras. ¿Le parece bien?

Ilse sonrió.

—Gracias, es usted muy generoso —agitó la máscara—. Pero construya una nueva para mí regreso, por favor —solicitó.

El Gran Julius se inclinó.

—Quizá, a su regreso, ya no sea necesaria la máscara —dijo.

—¿Por qué? —se sorprendió ella.

—Estoy pensando en tomarla a usted como *partenaire*. Pero ya hablaremos de eso a su vuelta, no se preocupe. Mañana, de todos modos, es el último día de su actuación con esa máscara. O tiene una nueva a su vuelta... o tendrá un nuevo empleo —finalizó el artista tajantemente.

## CAPÍTULO VIII

Llamó a la puerta y alguien abrió sólo ligeramente. Pelham oyó ruido de tacones que se alejaban, mezclados con el sonido de una vieja melodía, que brotaba de labios femeninos. Empujó la puerta, asomó la cabeza y vio una nube de tules de color rosa que desaparecía por la puerta del baño.

—Lavinia —llamó.

—¿Eres tú, Dick? Pasa y aguárdame un momento; enseguida estaré lista —contestó ella.

Pelham entró, cerró la puerta y miró a su alrededor. Encima de una mesa baja divisó un enorme ramo de rosas rojas, sobre el cual se veía aún la mancha blanca de una tarjeta.

Curioso, cogió la tarjeta y leyó las breves palabras escritas por el remitente:

«Bienvenida de nuevo al hogar. J. V»

—Julius Vildaunt —murmuró entre dientes.

El Gran Julius, el hombre que era dueño de la voluntad de una mujer tan hermosa, se dijo. Pero quizá aquello podía cambiar.

Lavinia salió momentos más tarde, encantadora como nunca, y le tendió las manos.

—Dick, querido...

Pelham se quedó muy sorprendido al verla.

—Tienes un aspecto maravilloso. Parece que las vacaciones te han sentado estupendamente.

—Así es. Francamente, me siento como nueva... ¿No quieres tomar algo?

—No, gracias. Lavinia, he venido a hablar contigo.

Ella le miró intrigada.

—¿Sucedé algo? Pero sentémonos, por favor... Dick, dime de qué se trata...

—Lavinia, tú trabajas con el Gran Julius.

—Lo sabes muy bien —sonrió ella.

—Pero te dejas hipnotizar.

—Forma parte del trato.

—Y eso te agota.

—Cansa un poco, es cierto...

—Pero no es bueno.

—Dick, ahora me encuentro estupendamente. Con sinceridad, como nueva.

—Sí, pero ¿cuánto tardarás en recaer?

Hubo un momento de silencio.

—Estaba muy débil en los últimos tiempos —dijo Lavinia al cabo—. La verdad es que comía poco, por eso de la línea...

—No es ése el problema, sino el desgaste de tu mente, que un día podría llegar a ser irrecuperable. Lavinia, si quieres un buen consejo, deja ese empleo.

—Pero... de algo tengo que vivir... Gano un sueldo excelente...

—Ningún sueldo es bueno cuando se pone en peligro la propia vida —dijo él sentenciosamente—. Además, hay otras cosas mucho más desagradables.

—No sé a qué te refieres, Dick.

—Lavinia, ¿eres la amante del Gran Julius?

Ella abrió la boca, estupefacta.

—¡Qué tonterías estás diciendo! —gritó—. Nuestra relación es puramente profesional...

—¿De veras? Y, ¿no se te ha ocurrido pensar que él puede venir a esta casa a visitarte y a solazarse contigo, por no expresarlo de otra forma más cruda?

—¡Dick! No tolero que digas una cosa semejante. Nunca ha habido nada entre él y yo...

—Porque, quizá, no lo recuerdas. Porque te hipnotiza y tú accedes a sus deseos, sin saber lo que estás haciendo y porque te ordena luego que lo olvides.

—No, no, no... ¡Eso es imposible!

—Lavinia, antes de tus vacaciones, yo seguí al Gran Julius, le vi venir a esta casa y luego vi cómo te quitaba la ropa, prenda por prenda. No me lo han dicho; lo he visto con mis propios ojos.

Los labios de la joven temblaban.

—Es... increíble... Yo no recuerdo nada...

—Porque tu mente está prisionera de la del Gran Julius. Lavinia, libérate de él, si quieres sobrevivir. Abandónalo, déjalo para siempre, te lo pido por lo que más quieras.

—Pero ¿qué haré en tal caso? ¿Dónde encontraría un buen empleo?

Pelham reflexionó unos momentos.

—Quizá yo te consiga algo. Eres joven, bella, elegante, distinguida... Podrías actuar muy bien como relaciones públicas o recepcionista en algún establecimiento de lujo... Tengo buenas amistades y quizá te consiga algo que merezca la pena... ¿Lo dejarías, si te encuentro un buen empleo?

—Por supuesto. —Lavinia apretó los labios—. Aprovecharse de mí, como un rufián...

—No le digas nada, no le dejes entrever siquiera que lo sabes. Espera a que yo haya resuelto tu problema y entonces, sin previo aviso, mándalo al diablo. ¿De acuerdo?

—Sí, pero ahora tengo que volver a actuar...

—Y yo debo marchar dos semanas fuera —respondió Pelham—. En cuanto regrese, me ocuparé de tu problema.

—Bueno, pero ¿qué hago si él viene a casa?

—Es muy sencillo: no le abras la puerta.

—Entiendo. La otra noche, yo le abrí, creyendo que sólo deseaba charlar un rato conmigo, luego me hipnotizó y...

—Así tuvo que ser, en efecto —convino el joven, a la vez que se ponía en pie—. Te veré a mí vuelta. Lavinia.

Ella alargó una mano y trató de retenerle.

—¿Por qué no te quedas un rato? —solicitó—. Lo hago sin estar hipnotizada...

Pelham se inclinó y la besó suavemente.

—Tengo mucho trabajo —eludió la seductora invitación—. A la vuelta.

—Te tomo la palabra, querido.

Pelham salió a la calle, preguntándose por qué hacía una cosa

semejante. No había más que una respuesta: «Estoy muy aburrido y no sé qué hacer. Voy a tener que buscarme un nuevo empleo, que me libre de mis afanes de caballero andante o acabare mal», se dijo.

Luego, rehaciéndose, subió a su coche, alegre, ligero, con el ánimo lleno de optimismo, porque pensaba en las dos semanas de vacaciones que iba a pasar junto a Ilse.

Estaba en el apartamento de la muchacha cuando ella volvió del teatro y casi se asustó al ver el mal aspecto que ofrecía después de quitarse la máscara. Le preparó café con unas gotas de coñac y la joven pareció recobrar bastante.

—Ilse, una cosa es segura —dijo al cabo de un rato—. No sé si nos casaremos o no, pero puedes tener la certidumbre de que cuando vuelvas de tus vacaciones, no trabajarás más para ese individuo.

—¡Dick, quizá me ofrezca el puesto, en lugar de Lavinia! —exclamó ella vivamente.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí, y creo que lo conseguiré... Sería estupendo, porque ganaría unas quinientas libras al mes...

Pelham consultó su reloj.

—Tienes veinte minutos para preparar el equipaje o perderemos el avión —dijo—. Ya discutiremos eso durante el viaje o en las vacaciones.

—¿Nos vamos ahora? —se sorprendió ella—. ¿A la una de la madrugada?

—El avión sale a las dos. Al amanecer, estamos en Tenerife. Te tengo asignado un papel infinitamente mejor que el del Gran Julius.

—¿Sí, cuál es?

—El de lagartija al sol durante dos semanas.

Ilse suspiró.

—Maravilloso —dijo ante la perspectiva que le ofrecía el joven.

Cuando sonó el teléfono. Gallón Rangyll lo levantó con gesto malhumorado. Estaba solo en su despacho, enfrascado en la ardua tarea de revisar unos libros de cuentas ajenos, y la tarea, realizada por compromiso más que por verdadera necesidad, le estaba ofreciendo demasiadas dificultades.

Al dueño de la empresa, buen amigo suyo, le habían estado engañando desde hacía mucho tiempo. Los asientos parecían

correctos, pero había algunas partidas que no tenían demasiado sentido. Bien, al día siguiente, lo comprobaría mediante un inventario de las existencias en almacén. Los libros podían decir una cosa, pero si luego las mercancías no se hallaban donde debían estar, eso sólo podía significar que alguien estaba enriqueciéndose a costa de su amigo.

Desvió sus pensamientos del asunto que le tenía tan amargado y atendió la llamada:

—Rangyll —dijo—. ¿Quién me llama?

—Hedda Dwenn.

Hubo un momento de silencio. Rangyll apretó los labios.

—La hija de Wallace Dwenn —dijo al cabo.

—Sí. Quiero hablar con usted.

—¿Ahora?

—Es un buen momento, ¿no le parece?

—De acuerdo, pero ¿no puede anticiparme qué es lo que quiere de mí?

—Usted tiene siempre dinero en efectivo en su caja fuerte. Quiero diez mil libras. Callaré lo que usted y seis más hicieron seis años atrás. ¿Lo ha entendido?

—De acuerdo. Venga cuando guste, señorita Dwenn. La estaré aguardando.

Rangyll colgó el teléfono y se mordió los labios.

—El padre me robó ciento veinticinco mil. La hija quiere ahora diez mil por mí silencio. Esa familia es insaciable —masculló.

Estuvo quieto unos momentos y luego se puso en pie. Abrió la caja fuerte, desordenó un poco los papeles que había en su interior y sacó a continuación unos cuantos fajos de billetes, que puso sobre la mesa. Uno de los fajos, sin embargo, fue a parar al suelo.

A continuación, abrió el cajón de la derecha, donde tenía una pistola automática. Tiró del cerrojo, puso una bala en la recámara y luego dejó el arma en su sitio, pero con el cajón abierto, de modo que pudiera usarla rápidamente en caso necesario.

—Diré que intentó robarme, bajo la amenaza de su pistola, pero que, en un momento de distracción, pude sorprenderla y...

Era un plan perfecto. No sólo eliminaría la amenaza que suponía la hija de Dwenn, sino que no habría juez que le condenase por haberse defendido de una ladrona.

Transcurrieron algunos minutos. Al cabo, se oyeron tacones femeninos que avanzaban por el antedespacho. Luego se abrió la puerta.

Rangyll fijó la mirada en la mujer de luto que estaba en el umbral. Era alta, hermosa, de faz delicada y piel muy blanca, en la que resplandecían dos pupilas de intensa negrura. El vestido que llevaba puesto, aunque ligeramente holgado, no era suficiente para ocultar las espléndidas líneas de su cuerpo.

—Soy Hedda Dwenn —se presentó ella.

—Tengo el dinero preparado —dijo Rangyll. Se había levantado un instante, pero de nuevo había vuelto a sentarse—. Acérquese, ¿quiere?

Hedda dio un par de pasos y se detuvo, irresoluta.

—¿Qué espera? —preguntó el.

—Usted mató a mi padre —dijo la mujer.

—Se lo merecía. Me estafo ciento veinticinco mil libras. A otros les robó cantidades aún superiores. El total ascendía a un millón, del cual no se ha vuelto a tener la menor noticia.

—He venido a matarle, Rangyll.

—Me lo figuraba. ¿Creyó que iba a ser tan tonto como para comprar su silencio con diez mil libras? Tiene una pistola, ¿verdad?

Ella asintió y metió la mano en el bolso. Rangyll fue más rápido. Sacó su pistola, apuntó al pecho de la mujer y apretó el gatillo.

Hedda retrocedió y cayó de espaldas. Rangyll se levantó, con una sonrisa de triunfo en los labios.

—Perra —dijo—. ¿Creíste que podrías sorprenderme?

Tiró la pistola al cajón y agarró el teléfono para llamar a la policía. Entonces, aterrado, vio que Hedda estaba sentada en el suelo y le apuntaba con una pistola que sostenía con las dos manos.

—¡No!

El grito fue cortado bruscamente por el estampido del arma. Rangyll dio un tremendo salto hacia atrás y cayó sobre su sillón, que se volcó de inmediato bajo su peso. Sus piernas se movieron todavía un poco.

La mujer hizo un esfuerzo y se puso en pie. Durante unos segundos, todo dio vueltas a su alrededor y tuvo que apoyarse con una mano en la mesa, para no caer al suelo. Al cabo de unos momentos, consiguió recobrarse y miró a su alrededor con ojos

vacuos.

El pecho le dolía y se frotó maquinalmente a la altura del corazón. Luego, lentamente, como una autómatas, buscó la salida y abandonó la oficina.

## CAPÍTULO IX

Dejó las maletas en el suelo y sonrió satisfecho.

—Bueno, ya estamos de vuelta otra vez en el hogar —exclamó alegremente.

—Han sido dos semanas maravillosas —suspiró ella—. Me siento completamente nueva, una mujer distinta...

—Eres la misma. —Pelham la miró de reojo—. No pasó nada.

—Y a ti te habría gustado...

—Hombre... Figúrate. Pero puesto que tú... Ejem... dejemos esto a un lado. Lo que importaba era que te pusieras bien.

Ilse se le acercó, puso sus manos sobre los hombros del joven y le miro dulcemente.

—Eres un tipo verdaderamente magnifico. Dick, y me siento muy orgullosa de ti —dijo.

—Gracias. Pero creo que ahora podríamos empezar a hablar de nuestro futuro.

—Cuando quieras —invitó ella.

—¿Quieres casarte conmigo?

Ilse le miró penetrantemente.

—¿De veras lo quieres tú?

Pelham abrió la boca, pero no tuvo tiempo de decir nada, porque el teléfono sonó en aquel momento.

—Dispensa, querido —sonrió la muchacha.

Se separó de Pelham y se acercó al aparato.

—Ilse Burr —dijo.

—Señorita... Soy Vildaunt... ¡Qué placer siento al oír su voz! La llame ayer, pero no había vuelto de sus vacaciones...

—Acabo de regresar, señor Vildaunt —contestó ella—. ¿Suced algo?

—Sí. Verá, mi *partenaire*, la señorita Morrell, está gravemente enferma. Anoche tuve que suspender la función, pero eso, como comprenderá, nos causa enormes perjuicios... Confidencialmente, le diré que tengo un importante porcentaje en el teatro y... ¿Querrás actuar conmigo esta noche?

—Efes que...

—Por favor —rogó el artista—. Le aumento el sueldo a seiscientas libras mensuales, pero no me deje en la estacada o me declararía en quiebra antes de dos semanas.

—¿Tan grave es la enfermedad de Lavinia, señor Vildaunt?

—Parece que sí. Es más, creo que tardará mucho tiempo en reponerse y, la verdad, no sé a quién recurrir...

Ilse se puso el teléfono en el pecho y miró al joven.

—Quiere que trabaje con él esta noche —dijo a media voz.

—No —gruñó Pelham.

—Dick, iré esta noche y se lo contaré todo después de la función. Se ha portado siempre muy bien conmigo, a pesar de algunas intemperancias, y no me parece correcto abandonarle sin más.

—Está bien, pero sólo te permitiré que actúes esta noche. Si se ve en apuros, allá él no voy a consentir que juegue con la salud de mí futura esposa.

Ilse sonrió.

—¿Me pides que me case contigo?

—Formalmente —contestó él, muy serio.

—De acuerdo. —Ilse levantó el teléfono de nuevo—. Señor Vildaunt, estaré en el teatro a la hora de costumbre.

—Gracias, señorita Burr.

Ilse dejó el aparato en la horquilla. Pelham se acercó a ella y la besó impetuosamente.

—Ahora tengo que marcharme —dijo—, pero te esperaré a la salida del teatro. Y no permitiré que vuelvas más por allí, ¿entendido?

—Sí, Dick.

Pelham se encaminó hacia la salida. Desde la puerta, se volvió y miró sonriente a la muchacha.

—Ya puedes empezar a avisar a tus padres. Y a tía Winifred también —se despidió.

Cuando salió de la casa, estaba animado por una firme decisión. Lavinia estaba enferma, pero quería saber qué le sucedía en realidad.

Llamó a la puerta y Lavinia en persona acudió a abrirle, completamente desmadejada y con un aspecto horrible. Pelham tuvo que sostenerla, porque el esfuerzo de abrir parecía haberla agotado, y casi en brazos, la llevó hasta el diván.

—Dios mío, tienes una cara horrible... ¿Qué te pasa? ¿Por qué estas así? —preguntó.

—No lo sé Hace días que me encuentro muy mal.

—Lavinia recostó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos. —A veces, me ahogo... Me duele mucho el pecho.

La bata se le había abierto, sin que ella se diese cuenta, y Pelham pudo ver en la blanca carne del pecho un círculo morado, muy oscuro entre los senos. Al tocarla, ella gritó de dolor.

—Esto no puede seguir así —dijo el joven, a la vez que se ponía en pie.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Lavinia.

—Llamaré a una ambulancia y te llevarán a un hospital, donde te curaran de todos tus males.

—Pero. Dick...

—No se hable más —cortó él enérgicamente—. Aunque te conozco desde hace poco tiempo, te aprecio lo suficiente para tratar de que te cures. Y, si es posible, evitar que vuelvas a ver a ese miserable que está explotando tu indefensión psíquica. Pero eso vendrá más tarde; ahora, lo primero de todo es ir al hospital.

Media hora más tarde. Lavinia embarcaba en una ambulancia, a la cual siguió él con su propio coche. Una vez solucionados los problemas económicos en el hospital, cosa de la que Pelham se encargó con toda larguedad, se iniciaron inmediatamente los reconocimientos médicos de la enferma.

Pelham aguardó pacientemente en una sala de espera. Un médico vino a verle mucho rato más tarde.

—Tengo entendido que es usted amigo de la paciente —dijo.

—En efecto, doctor. Me llamo Pelham...

—Soy el doctor Hubner y puedo anticiparle que la enferma sanará dentro de un plazo prudencial. Pero, dígame, ¿sabe si ha sufrido algún accidente recientemente?

—No, doctor... ¿ha dicho algo ella?

—Eso es lo curioso. —Hubner frunció el ceño—. Las radiografías muestran fisura del esternón, es decir, una fractura incompleta, debido a un violento golpe. Sin embargo, la paciente no recuerda nada ni cree haber padecido ningún accidente o, en todo caso, ser golpeada violentamente por otra persona.

—No tengo la menor idea de lo que haya podido producir esa lesión —contestó el joven—. De todas formas, procuraré averiguar... aunque si ella no lo recuerda, no sé quién podría decírmelo.

—Inténtelo —aconsejó el galeno—. Ah, en cuanto a su estado psíquico... ¿Ha trabajado últimamente y con exceso la paciente? No me refiero a trabajos físicos, sino de otra índole... que hayan podido proporcionarle graves preocupaciones...

—Sí, doctor. En mi opinión, esa joven ha estado... digamos expuesta a unas dosis excesivas de hipnotismo, lo que conllevaba un enorme esfuerzo mental, que le ha causado semejante agotamiento.

Pelham explicó rápidamente lo que había hecho Lavinia en los últimos tiempos. El doctor Hubner se mostró muy preocupado.

—Tendré que decirle que abandone esa profesión o no respondo de su salud mental. Sin ser psiquiatra, puedo asegurar que, de seguir actuando de esa manera, podría acabar hecha una ruina humana, convertida literalmente en un vegetal. Gracias por sus informes, señor Pelham.

—A usted, doctor. Haga todo lo que pueda por ella y diga en Administración que no se preocupen por las facturas —sonrió el joven.

—De acuerdo. Y ahora, si quiere verla un momento... Cinco minutos, nada más.

—Gracias, doctor.

Pelham salió del hospital mucho más animado. Lavinia se recuperaría satisfactoriamente. Lo que tenía que hacer era dejar de ver al Gran Julius definitivamente, cosa en la que ella se había mostrado de acuerdo.

Pero se sentía muy intrigado por el golpe en el esternón, que había sido lo suficientemente fuerte como para causar una fisura en el hueso. Lavinia no recordaba ningún accidente ni tampoco un asalto de ningún hampón. Y, sin embargo, los exámenes médicos y

las radiografías no mentían. ¿Cuál era la causa de la lesión?

Antes de ir al teatro, fue a cenar y se encontró con su amigo el inspector Seands, al cual halló notablemente preocupado.

—Otra muerte misteriosa más, ¿no es cierto? —dijo, a la vez que llenaba la copa del policía.

—Si —admitió Seands abatidamente—. Parece idéntica a las anteriores y sin embargo, hay un detalle que me intriga extraordinariamente.

—¿Puedo conocerlo? —preguntó el joven—. Recuerda que tú decías antiguamente que yo tenía buenas dotes y que podía llegar muy alto en la Policía, si me interesaba. Además, sabes que soy discreto...

Seands sujetó su copa con las dos manos.

—El muerto, es decir, la víctima, tenía una pistola y la disparó una vez. Esto es algo irrefutable, porque el cañón del arma muestra señales de pólvora quemada y además, está el casquillo vacío, disparado irrefutablemente por esa pistola, cosa que sabemos merced al examen de las huellas del percutor en el fulminante. Pero lo curioso del caso es que la bala no ha aparecido por ninguna parte.

—Pudo usar una bala de fogueo —apuntó Pelham—. Quizá el asesino sabía que su víctima tenía un arma y sustituyó el primer cartucho.

—No —contradijo el inspector—. Rangyll no disparó una bala de fogueo. El informe de los peritos al respecto es inequívoco, Dick.

—Viejo Zorro, eso significa que el asesino resultó herido y se llevó la bala consigo.

—Sí, pero ¿por qué no encontramos rastros de sangre? Si el asesino resultó herido y pudo abandonar el edificio por su propio pie, eso quiere decir que no era una herida mortal, probablemente, en un brazo o una pierna. Rangyll tenía su oficina en la planta vigésima. Aunque es de suponer que el asesino utilizó el ascensor en su retirada, pasó demasiado tiempo desde que fue herido hasta que ganó la calle y, por lo tanto, habríamos encontrado alguna mancha de sangre. Hemos rastreado a conciencia y no hay el menor indicio de que el asesino resultase herido.

—Lo siento, viejo Zorro, no sé qué más decirte —contestó Pelham sonriendo—. Me gustaría ayudarte, pero... La verdad, tienes

un buen problema en las manos.

—Y si no lo resuelvo, mi ascenso está en el aire —dijo Seands lúgubrementemente.

Pelham se echó a reír.

—No te desanimes, sabueso. Encontrarás al criminal y ganarás fama y crédito, y ascenderás y... Pero, sobre todo, no pierdas el ánimo ni la paciencia.

—A veces me gustaría saber dónde venden unas cuantas toneladas de esas virtudes, para comprarlas al precio que fuesen —dijo el inspector—. Si lo sabes, avísame. Dick.

—Descuida, viejo Zorro. Pero tú tienes sobrado de todo eso para no necesitar comprar nada a ninguno.

Después de la cena. Pelham fue al teatro y presencié la función. Cuando Ilse hubo terminado de actuar, abandonó la sala y fue al apartamento de la muchacha, en donde la esperó pacientemente.

Ilse llegó casi una hora más tarde. Pelham frunció el ceño al verla casi lívida, un tanto demacrada y con las pupilas sin brillo.

—Ilse, ¿qué diablos te ocurre? —preguntó.

Ella se pasó una mano por la frente.

—No lo sé... Me encuentro muy cansada...

—Pero eso no te sucedía antes. Hacías tu trabajo y volvías normalmente a casa... No he visto ningún número especial...

—Te digo que no lo sé. Me siento muy cansada, pero ya se me pasará con una noche de sueño. Es decir, si me dejas dormir.

—Claro que te dejo —contestó él—. Sobre todo, si piensas que ha sido tu última actuación con el Gran Julius.

Ilse se irguió vivamente.

—¡No, Dick!

Pelham frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir, exactamente? —preguntó.

—Mañana actuaré de nuevo con él.

—Escucha. Acordamos que ésta sería tu última actuación. No te vuelvas atrás de tu promesa y yo mantendré la mía. ¿Estamos?

—Pero... Dick, Lavinia está muy enferma... El Gran Julius no tiene otra sustituta... Me ha prometido entrenar a otra y así nos iremos relevando... Será cuestión de un par de semanas, como máximo...

—Y en esas dos semanas, tú habrás acabado en la tumba.

—No, ya me encuentro mejor, te lo aseguro. Sí, es un poco cansado, pero mañana estaré de nuevo completamente bien. Dick, deja que el Gran Julius busque la otra sustituta y entonces le diré que dejo el puesto Dos semanas solamente, te lo ruego.

Pelham vaciló un instante, pero acabó por acceder.

—Sin embargo, me reservo el derecho de hacerte examinar por un médico de mí confianza y si su dictamen es negativo, cuenta que no volverás más a actuar para ese forajido. Ilse, ésta es mi última decisión al respecto; no me tomes por un hombre intolerante, obstinado e incapaz de variar de opinión cuando es necesario. Pero ahora se trata de tu salud, ¿estamos?

Ella asintió.

—Sí, de acuerdo. Dick.

—Mañana, cuando salgas del teatro, estaremos aquí, aguardándote, el médico y yo —decidió Pelham finalmente.

## CAPÍTULO X

Estaba en el mejor de los sueños cuando, de pronto, le despertaron unos fuertes golpes que sonaban en la puerta. Alarmado, saltó de la cama, se puso la bata y las zapatillas y corrió a abrir.

Su sorpresa fue enorme al reconocer a la visitante.

—¡Clemmie! —exclamó—. ¿Qué diablos haces aquí, tan temprano?

—¿Temprano? —rió la mujer—. Son más de las diez y...

De súbito, se volvió y echó la llave de la puerta. Luego, retorciéndose las manos, miró suplicante al joven.

—Dick, tienes que ayudarme —pidió con acento lleno de pánico—. Necesito que me prestes diez mil libras... Quiero marcharme de Inglaterra hoy, esta misma mañana, si es posible...

Pelham respingó. Por supuesto, disponía de aquella suma, pero le parecía un tanto elevada y más si tenía en cuenta un préstamo anterior.

—Clemmie, hace algunas semanas te di cinco mil libras —le recordó.

—Sí, pero tenía algunas deudas... Compré ropas... Necesito vestir bien o... o no consigo clientes... Por favor te lo pido, déjame ese dinero. ¡Mi vida corre peligro! —exclamó ella melodramáticamente.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Quién te amenaza? No creo que tú tengas enemigos tan rencorosos...

—Por favor, Dick, no me hagas más preguntas. Necesito desesperadamente ese dinero. —Clemmie Hillards recalcó la palabra «desesperadamente» a fin de que él entendiera mejor la gravedad de su situación—. Dámelo y te juro que haré todo los

posibles por devolvértelo, con los intereses que tú mismo fijas...

A Pelham no le importaba ayudar a una persona amiga en apuros, pero quería saber de qué clase de apuros se trataba. La vida de Clemmie no había sido muy edificante en los últimos tiempos y temió que hubiese caído en las garras de una banda de extorsionistas y explotadores de mujeres. Esa gente, por lo general, pensó andaba siempre mezclada en asuntos aún más turbios y no tenía ganas de verse complicado en un caso nada agradable.

—Te daré el dinero con una sola condición —dijo al fin—. Quiero saber exactamente lo que te sucede, «todo», absolutamente todo, sin omitir el menor detalle. Si confías en mí para que te preste ese dinero, igual debes confiar en mi discreción. ¿Comprendes?

Clemmie se derrumbó inesperadamente y cayó sobre el diván, hecha un mar de lágrimas. Pelham adivinó que se trataba de un ataque de histerismo debido a la excesiva tensión nerviosa y buscó una botella y una copa. Clemmie tomó un par de sorbos. Luego, mientras terminaba de recobrarse. Pelham preparó café y le sirvió una taza.

Al cabo de casi veinte minutos. Clemmie relató una historia terrorífica, una narración que dejó al joven espantado y aturdido. Pelham sabía que ella decía la verdad, pero se resistía a creer que hubiese tomado parte en una conspiración semejante.

—Pero, por todos los diablos... ¿A quién se le ocurrió tan disparatada idea? —exclamó, cuando Clemmie hubo terminado de hablar.

—No lo sé... Creo que fue él quien lo propuso... Verdaderamente, todos nos sentíamos muy furiosos contra Dwenn... En total, nos robó un millón de libras... Los otros, más o menos, consiguieron recuperarse, pero yo, ya ves, estoy en la ruina...

—De modo que han muerto cuatro y sólo quedáis tres: tú, Carrington B. Prye y Alfred Brecker, el autor de la idea.

—Sí —contestó la mujer—. Yo creí que se trataba solamente de una coincidencia, pero cuando me enteré de la muerte de Rangyll, supe que los demás también íbamos a ser asesinados... Dick, ahora me arrepiento de lo que hice entonces...

«Ahora ya es tarde», pensó él.

—Sí, me lo imagino. Clemmie, dime, en tu opinión, ¿quién es el asesino?

—¿Quién va a ser sino la hija de Dwenn? Hedda... que trata ahora de vengarse de todos nosotros...

Pelham meditó un segundo. Luego se puso en pie y fue hacia el teléfono.

—Lo siento, Clemmie —dijo. Y ante los horrorizados ojos de la mujer, marcó el número de Scotland Yard.

El sargento Green se mantenía junto a su jefe. Dos policías de uniforme montaban guardia a ambos lados de la puerta. Seands tenía abierta su libreta y anotaba puntualmente las respuestas que recibía de una mujer completamente desmoralizada.

—Señora Hillards, ¿conoce usted a Hedda Dwenn? —preguntó después de un buen rato.

—Sí, la conocí hace años... Pero ya no había vuelto a verla... Quiero decir que no la he visto desde entonces...

—¿Piensa usted que la señorita Dwenn es lo suficientemente inteligente para haber cometido tales asesinatos?

—¿Y yo qué sé? —contestó Clemmie desabridamente—. Lo único que puedo decirle es que han muerto cuatro personas y que yo puedo ser la quinta.

—También debería añadir que hace seis años disparó contra una persona —dijo el inspector suavemente.

—Reparta la responsabilidad entre seis —dijo ella algo más recobrada—. Además, se lo merecía...

—Eso lo decidirán otras instancias superiores —cortó Seands—. Por cierto, usted sabe sin duda dónde está la casa en la que murió Dwenn hace seis años.

—Sí, aunque ya no he vuelto más por allí...

—Mañana volverá con nosotros. Sargento, ocúpese de que la señora Hillards quede debidamente custodiada. Por el momento, no se formula ninguna acusación contra ella, aunque, por su propio bien, lo mejor será que pase el resto de la noche en Scotland Yard. No le ponga las esposas, Green.

—Sí, señor. Vamos, señora...

El sargento se llevó a Clemmie. Seands sacó su vieja pipa y empezó a cargarla.

—Dick, gracias por haberme llamado —dijo—. Ahora es cuando creo que tengo el caso prácticamente resuelto.

—Sí, pero habrás de encontrar a la hija de Dwenn —alegó

Pelham.

Seands encendió su pipa, tosió varias veces y lanzó un par de juramentos.

—Tengo que desempeñar el papel de experto policía del Yard —masculló disgustadamente—. En confianza, detesto la pipa, pero confiere personalidad y da tranquilidad a la gente... Ah, hablando de la hija de Pelham. No creo que haya sido ella.

—¿Por qué, viejo Zorro?

—Quizá, sin embargo, tenga una importante participación en los crímenes. Pero si los hubiese cometido ella sola, opino que habría empleado siempre la misma pistola. Y cada una de las víctimas murió con una bala que había sido disparada por una pistola distinta.

—Posiblemente tengas razón, pero eso significaría que Hedda Dwenn se habría buscado un cómplice. Tienes que encontrarla a ella y así acabarás de resolver el caso.

—Es lo que voy a hacer inmediatamente, aunque no sé por dónde empezar para buscar a esa mujer. Dick, gracias otra vez —se despidió el inspector.

Al quedarse solo, Pelham fue al baño y pudo asearse a gusto. Cuando terminó, era casi hora de almorzar.

Entonces, sonó el teléfono. Era Lavinia y le llamaba desde la clínica.

—Tengo que pedirte un favor —dijo la joven—. ¿Será demasiada molestia para ti?

—Oh, en absoluto —contestó él—. ¿De qué se trata?

—Ayer, cuando vine al hospital... Fue una salida demasiado precipitada y dejé en casa algunos objetos personales... Te diré lo que es y tú me lo traerás a la tarde. ¡Estoy sin poder empolverarme la nariz siquiera!

Pelham se echó a reír.

—Descuida, te llevaré todo lo antes posible —dijo.

Después de almorzar, fue al apartamento de Lavinia y empezó a buscar las cosas que ella le había pedido. Meneó la cabeza al ver la cantidad de potingues que usaba la joven para su maquillaje. «Con los pocos años que tiene, le bastaría agua clara y jabón...»

De pronto, cuando abría un armario ropero, notó que algo caía al suelo. Casi dio un salto, porque, en el primer momento, pensó

que se trataba de una persona pero no tardó en ver un traje negro, completo, incluso con un pequeño sombrero con velo.

Al levantarlo, le extrañó su peso, desproporcionado con relación a la seda de que estaba hecho el vestido. Entonces, algo metálico se desprendió del traje y cayó al suelo, en donde rebotó sonoramente un par de veces.

Enormemente sorprendido, Pelham se inclinó y cogió con dos dedos aquel minúsculo pedazo de metal. Tenía forma cilíndrica, pero estaba rematado por una semiesfera que se veía un tanto achatada, a causa, sin duda, de un fuerte golpe.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil. Luego levantó la falda del vestido y vio algo que le hizo comprender la realidad de lo sucedido.

Instantes después, se precipitaba hacia el teléfono, para llamar de nuevo al inspector Seands.

El policía hizo rodar la bala entre sus dedos, y al cabo de unos momentos de silencio, miró a su amigo.

—No cabe duda, aunque no podamos todavía probarlo concluyentemente. Es la bala que disparó Rangyll antes de morir.

—Y ella paró el impacto con el chaleco blindado que llevaba bajo el vestido.

—Exacto. No fue un rato agradable, pero salvó la vida. Por eso nos volvíamos locos buscando la bala y rastros de sangre. El proyectil, sin duda, se enredó con los pliegues de la ropa y viajó con ella hasta la casa. Si no hubieras venido tú a buscar sus objetos de tocador, el enigma habría persistido durante sabe Dios cuánto tiempo.

Pelham asintió tristemente.

—Lo peor de todo es que ni ella misma sabe que es una asesina —dijo.

—Bien, de acuerdo, pero nuestra obligación es detenerla. Con el tiempo, se sabrá la verdad y si todo ha ocurrido como pensamos, no habrá juez que se atreva a condenarla.

—A pesar de todo, sufrirá un tremendo choque...

—Salvo que sea Hedda Dwenn, una posibilidad que no hemos tenido en cuenta hasta ahora. Si es Hedda, no cabe duda, Dick, te ha estado engañando desde el principio.

—¿Tú crees, viejo Zorro?

—O lo hizo bajo hipnosis... o es Hedda Dwenn. Pero éste es un dilema que tiene fácil solución.

El coche policial, conducido por el sargento Green, arrancó con gran estridor de sirena. Pelham viajaba con su amigo, devorado por la incertidumbre que le producían las argumentaciones del inspector, con una base llena de lógica, tuvo que reconocer a su pesar.

Media hora más tarde, entraban en el hospital y se trasladaban al piso en que se hallaba Lavinia. Cuando llegaban a la habitación de la joven, vieron salir a una enfermera, que tenía cara de sentirse muy desconcertada.

—Déjenos entrar, señorita —pidió Seands, a la vez que enseñaba su insignia—. Scotland Yard —añadió.

—Si buscan a la señorita Morrell, pierden el tiempo —contestó la enfermera—. Se ha marchado, caballeros.

—Pero ¿cómo es posible...? —Barbotó Seands. —¿Quién le ha permitido...?

La enfermera se encogió de hombros.

—Lo ignoro —contestó—. Sólo sé que ya no está en su habitación. La habrán dado de alta, seguro: yo acabo de entrar en mi turno y ni siquiera sé lo que ha pasado... ¿Por qué no van a ver al doctor Hubner?

El doctor Hubner no se mostró menos asombrado que Pelham y el inspector. Enfáticamente, declaró:

—Si se ha marchado, ha sido bajo su responsabilidad, pero yo no le he firmado el alta en absoluto. Es más, quería iniciar un tratamiento para reducir la fisura del esternón... Por cierto, ¿saben que me parece que esa lesión se debe a un impacto de bala, detenido por un chaleco blindado?

—Tiene usted experiencia en esa clase de lesiones, ¿eh, doctor? —dijo Seands con sorna.

—Alguna, inspector, alguna. ¿Es cierto que alguien disparó contra la señorita Norrell?

—Rigurosamente cierto, doctor —confirmó Pelham.

Seands se volvió hacia su amigo.

—Bien, daré la alarma para que busquen a esa mujer —manifestó—. Y, de todas formas, pronto saldremos de dudas respecto a su identidad.

—¿Cómo, viejo Zorro? —quiso saber el joven.

—He hecho algunas indagaciones acerca de Halda Dwenn. Tiene ya unos treinta años y sirvió hacia diez en el cuerpo auxiliar femenino de la Armada, adonde he solicitado una copia de sus huellas dactilares. Ahora llamaré a los expertos en huellas; ha tenido que dejar muchas en su habitación durante la estancia de estos dos días. Doctor, ¿quiere ordenar que nadie toque absolutamente nada del cuarto de la señorita Norrell?

—Con mucho gusto, inspector —respondió Hubner.

Pelham se volvió hacia su amigo.

—Viejo Zorro, yo me marchó —manifestó—. Tengo algo que hacer y no puedo posponerlo. Si me es posible, te llamaré para conocer el resultado de la identificación.

—De acuerdo, Dick.

—Ah, otra cosa... ¿Podré acompañarte mañana cuando vayas con Clemmie Hillards a... adonde tú sabes?

Seands hizo un movimiento afirmativo.

—Sin ningún inconveniente —accedió.

## CAPÍTULO XI

A Pelham le pareció muy poco natural la actuación de Ilse. La joven actuaba le una forma enteramente mecánica, como si se supiese de memoria un papel en el que las sorpresas, debidas a la iniciativa, estaban totalmente excluidas. Cuando la representación terminó, el Gran Julius y su *partenaire* recibieron, sin embargo, una atronadora salva de aplausos.

Dos empleados salieron al escenario, con la capa blanca, y desempeñaron estupendamente la comedia de ayudar a salir a una joven agotada por el esfuerzo mental a que había sido sometida. El Gran Julius pidió las disculpas de costumbre y el telón empezó a bajar.

Pelham, no obstante, se sentía muy preocupado. Un oscuro instinto le decía que era muy posible que Ilse no hubiese hecho nada fingido.

—Pero ello significaría que el Gran Julius también ha conseguido hipnotizarla —se dijo, de repente aterrado ante tal posibilidad.

Por dicha razón, resolvió esperar a la joven en las inmediaciones del teatro. No iría con ella a su apartamento, sino que la seguiría discretamente, a fin de observar sus reacciones durante el camino. Y luego, hablarían muy en serio.

Ilse salió al fin y subió a un coche, que hizo arrancar de inmediato. Pelham la siguió a continuación, colocándose a prudente distancia.

Pasados unos minutos, se dio cuenta de que la joven no regresaba a su apartamento. Ello le hizo sentirse profundamente extrañado. ¿Adónde iba Ilse, pasada ya la media noche?

Continuó detrás de su coche, sin perderla de vista un solo

instante. Media hora más tarde, la vio arrimarse a la acera. Comprendió que iba a detenerse y empezó a refrenar también la marcha de su automóvil.

Ilse se apeó momentos después. Desde el coche, Pelham la vio caminar con paso medurado por la acera. Un poco más allá, divisó la inconfundible silueta de un policía que se paseaba tranquilamente arriba y abajo.

En aquellos parajes, los edificios eran casas de dos pisos, rodeadas de jardines, evidentemente habitadas por gente adinerada. De pronto, recordó algo que le dejó sin respiración.

Ahora conocía los nombres de todos los implicados en el asesinato de Wallace Dwenn. Clemmie lo había contado todo, sin omitir detalle, facilitando incluso sus señas. En aquella calle vivía Carrington B. Prye, justo frente al sector de la acera por dónde se paseaba el policía, sin duda puesto por el inspector Seands para evitar que el sujeto fuese víctima de un atentado.

¿Qué demonios tenía que hacer Ilse allí? Se preguntó, lleno de perplejidad.

Repentinamente, al otro lado de la calle, se oyó un estridente grito de mujer:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me atacan! ¡Ayúdenme...!

El policía vaciló un momento, pero luego, ante la insistencia de los chillidos, dio media vuelta y echó a correr en dirección al lugar de donde procedían aquellas angustiosas llamadas de auxilio. Entonces, Ilse, que ya había rebasado el edificio, giró en redondo y retrocedió unos pasos.

Pelham presintió lo que podía suceder. La joven había metido la mano en su bolso. Parecía como alucinada y se movía de forma automática, sin ver realmente lo que pasaba a su alrededor.

Impulsivamente, salló de su coche y corrió hacia ella. El policía había desaparecido por la esquina del lado opuesto de la calle, siguiendo el rastro de unos gritos que se alejaban con gran rapidez. Ilse llegó ante la cancela, sacó una llave de su bolso, abrió la puerta y empujó resueltamente.

Caminó a lo largo de un corto sendero central. Pelham la vio detenerse ante la puerta y llamar con la mano izquierda. La derecha estaba en el interior del bolso que pendía del hombro del mismo lado.

La alcanzó en aquel momento y tiró de ella con brusquedad.

—¡Ilse!

Ella volvió la cabeza, pero no había luz en sus pupilas ni expresión alguna en su rostro. Pelham supo así que Ilse no era dueña de su mente en aquellos momentos.

A lo lejos, se oían gritos de mujer, que se alejaban cada vez más.

Frente a la casa, sin embargo, reinaba un profundo silencio. De súbito, Ilse movió la mano derecha.

Pelham fue más rápido y atenazó su muñeca con dedos de hierro. Ella se quejó sordamente. Pelham acentuó su presión y luego, con la mano izquierda, se apoderó de una pistola. Puso el seguro, la guardó en el bolsillo y agarró el brazo de la joven.

—Vamos, Ilse.

Ella asintió torpemente. Dio un paso y, de pronto, cerró los ojos, lanzó un gran suspiro y empezó a caer hacia adelante. Pelham tuvo el tiempo justo de recogerla en sus brazos.

Se había desmayado, sin duda por el choque inesperado que suponía la presencia del joven en un lugar donde no debía estar. Pelham la levantó sin dificultad y la llevó a su coche.

Cuando se disponía a arrancar, vio venir a dos policías. Uno de ellos era el que estaba de vigilancia ante la casa de Prye. El otro, sin duda, había acudido en su auxilio.

—No lo comprendo —dijo el primero—. Esa mujer parecía a punto de morir, pero no he encontrado el menor rastro de ella ni de su atacante...

«Estúpido. Si no hubiera sido por mí, Prye ya estaría muerto a estas horas», pensó el joven.

La trampa había sido magníficamente ideada para dejar a Prye sin protección. Pero el autor del plan había contado con su inesperada intervención. Sin embargo. Pelham no lo había hecho por Prye. Era la suerte de Ilse la que le preocupaba realmente.

Ilse abrió los ojos después de un buen rato. Pelham le dio a beber té muy cargado, con un buen añadido de coñac. Los colores retornaron lentamente al rostro de la muchacha.

—Dick, ¿qué haces aquí? —preguntó, sorprendida—. ¿Cuándo has entrado en mi casa?

Pelham meditó un momento y decidió que lo mejor era decir la verdad, sin rodeos absurdos. Sacó la pistola y se la enseñó a la

joven.

—¿Ves esto? La llevabas en el bolso. Te alcancé cuando estabas a punto de matar a Prye.

—Oh, no... Eso es imposible... No conozco a ese hombre, ni tengo el menor motivo contra él...

—Tú no lo conoces, es cierto, pero hay otro que si lo conoce y que se ha valido de ti para satisfacer sus ansias de venganza. Aunque quizá la palabra venganza no esté correctamente empleada en este caso, pero, de todas formas, es lo de menos. Si yo hubiera llegado tan sólo diez segundos más tarde, te habrías convertido en una asesina. Como Lavinia Norrell.

—¿Hablas en serio? Esa historia me parece demasiado fantástica... Pero ¿cómo podía yo querer asesinar a un hombre al que no conozco?

—Estabas bajo hipnosis. Por eso no quería yo que volvieses al teatro. Sospechaba algo, pero me faltaba la confirmación, que he conseguido esta misma noche. Durante semanas, el Gran Julius ha ido adueñándose de tu voluntad, hasta convertirme prácticamente en una máquina que hará todo lo que él te ordene. Y esta noche te había ordenado matar a Prye.

—Dios mío... No me lo puedo creer... Todo eso me parece horrible... Dick, tú nunca has simpatizado con el Gran Julius... Quizá ese sentimiento de animadversión te haga ver cosas que no son ciertas...

Pelham metió la mano en el bolso de la joven y sacó una llave que puso ante sus ojos.

—¿Y esto? —preguntó—. ¿Me lo he inventado yo o me crees capaz de poner en tu bolso la llave de la verja de la residencia de Prye?

—¿Yo... yo tenía esa llave...?

—El Gran Julius debió de ponerla en tu bolso, después de hipnotizarte. Lavinia estaba ya completamente derrumbada, física y psíquicamente, y no podía completar con ella su «programa» de exterminio de los hombres que asesinaron hace seis años a Wallace Dwenn. La casa de Prye tiene un jardín, rodeado por una alta verja de hierro, con una cancela que se cierra naturalmente todas las noches. Tú la abriste, llamabas a la puerta cuando te alcancé... ¡y ya empuñabas la pistola con la que debías disparar apenas Prye

apareciese ante tus ojos!

Horrorizada, Ilse se tapó la cara con las manos.

—Dick, por favor... dime que todo eso no es verdad...

—Lo siento, pero tienes que ser valerosa y afrontar la realidad de los hechos. Lavinia ha sido menos afortunada que tú, porque ya ha matado a cuatro personas. Pero ya no te volverá a suceder, porque, ahora si va en serio, te prohíbo que vuelvas a poner los pies en el teatro. Y jamás volverás a dirigir la palabra al Gran Julius, aunque esto ya es más fácil, porque mi amigo el inspector Seands sabe lo que ocurre y se encargará de ponerle la mano encima.

Hubo un momento de silencio. Luego, Ilse, ya más recobrada, levantó la vista y trató de sonreír.

—Desde luego, no se puede negar que ha sido una experiencia única —dijo—. Dick, mientras viva, jamás podré agradecerte lo suficiente esto que has hecho por mí.

Pelham le guiñó un ojo.

—Lo hice por mí futura esposa... y madre de mis hijos, si te gustan los niños —contestó.

—De eso hablaremos en su momento —rió ella. De pronto, se puso seria y apoyó las yemas de los dedos en las sienes—. Verdaderamente, ahora me siento mucho más aliviada... Como si algo hubiese presionado Juramente contra mi cerebro y, de pronto, hubiera desaparecido esa presión...

—Tu mente estaba en poder del Gran Julius y mi intervención, en absoluto esperada, te liberó de ese influjo con un fuerte choque. Pero ya estás bien y mejorarás en lo sucesivo.

Pelham consultó su reloj.

—El inspector Seands enviará un agente para que te de protección —añadió—. Estará dentro del apartamento y tiene órdenes de no dejar pasar a ningún extraño. Tú te quedarás aquí hasta mi regreso, ¿entendido?

—¿Es que te marchas? —preguntó Ilse.

—Sí, tengo algo que hacer y no puedo demorarlo.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento.

—Ah, ya está aquí el agente —exclamó Pelham—. Recuerda, no salgas para nada del apartamento, hasta que yo vuelva. Ahora, métete en la cama y procura dormir.

—Sí, Dick.

Pelham abrió la puerta, la silueta de un hombre uniformado se recortó en el umbral.

—Pase, agente: le estábamos aguardando —dijo el joven.

Los faros del coche rasgaban la oscuridad, pero, por encima de las copas de los árboles, ya se advertían las primeras claridades del alba. Aunque con extremada prudencia. Pelham conducía con el máximo de celeridad, a fin de llegar cuanto antes al lugar donde seis años atrás había muerto un hombre, en una ejecución acordada por las personas a quienes había traicionado.

Literalmente. —Clemmie lo había contado todo, con pelos y señales— había sido una ejecución. Se comprendía que el crimen hubiese sido cometido en aquellos parajes, a más de trescientos kilómetros de Londres, en un lugar completamente apartado y no lejos de unos pantanos, que podían ocultar muchos secretos.

La luz del nuevo día aumentó. Pelham divisó a lo lejos la silueta de una casa y apagó los faros, aunque todavía los necesitaba. Refrenó la velocidad y rodó muy despacio, hasta hallarse a pocos metros del edificio. Extrañado, vio que no había ningún coche ante la entrada principal.

Frunció el ceño, preocupado porque Seands debía de haber llegado ya, según lo habían acordado telefónicamente. En vista de los cambios surgidos en la situación, Seands había permitido que el joven fuese por su cuenta en su propio coche, en lugar de acompañarle en el oficial. Pero no se advertía el menor rastro del inspector ni de sus subordinados.

Cerró el contacto y se apeó. La casa, grande, de dos plantas, antigua y bastante descuidada, aparecía a oscuras. Más allá, a unos mil metros de distancia, se divisaba una neblina que surgía de los pantanos próximos.

El ambiente era tétrico, deprimente. Flotaba en la atmósfera un olor indefinible, nada agradable. Algunos pájaros parloteaban entre los árboles. Un par de cornejas pasaron volando a toda velocidad, entre agudos graznidos de protesta por lo que, sin duda, consideraban invasión de sus dominios.

Pelham se apeó y caminó hacia la casa. Llegó a la puerta, tanteó el pomo y lo hizo girar lentamente. Luego empujó poco a poco.

Una bisagra chirrió y detuvo el movimiento. Esperó unos segundos. No captó ninguna reacción y volvió a empujar con la

mano izquierda. La derecha tanteaba la pistola que Ilse debería haber empleado aquella misma noche. Era un contacto tranquilizador.

La claridad crecía por momentos. Terminó de abrir y asomó la cabeza. De pronto, oyó unos golpes sordos.

Procedían del lado opuesto de la casa. Pisando con precaución, se encaminó hacia el origen de los sonidos. Casi a tientas, empezó a cruzar un largo pasillo, sumido prácticamente en la oscuridad.

De pronto, notó una mano que se apoyaba en su hombro. Alguien respiraba afanosamente a su izquierda. Pelham sintió que la frente se le inundaba de un sudor helado.

—No temas, soy yo. Lavinia —oyó una voz suave.

Pelham dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Me has dado un susto mortal. Pero ¿de dónde sales...?

—Pssstt... Luego te lo explicaré todo, Dick.

—¿Sabes lo que está pasando ahí? —preguntó él.

—Me lo imagino —contestó Lavinia.

—Si no te importa, me gustaría verlo...

—Es un hombre peligroso. Dick.

—¿Crees que no lo sé? Pero, dime, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Él fue a verme a la clínica. Adiviné sus intenciones y dije que necesitaba ir al lavabo, ya no volví a mí habitación.

—Entonces, quería hipnotizarte de nuevo...

—En efecto. Decidí que ya no podía seguir así. El psicoanalista del hospital me hizo saber todo lo que había hecho, cuando mi voluntad estaba en poder de ese miserable. No sé si podré superarlo algún día, Dick. ¡Es horrible pensar que he matado a cuatro personas contra las que no tenía ningún motivo!

—Sí, pero eres tan inocente como si no hubieras hecho nada. Y algún día, créeme, lo olvidarás todo.

—Me gustaría creerte —suspiró ella.

—Sucederá tal como te digo. Y ahora, ¿me permites...?

Lavinia hizo un breve gesto afirmativo. Pelham continuó su avance y, de pronto, llegó ante una puerta, que entreabrió ligeramente.

Entonces contemplaron una escena sorprendente.

## CAPÍTULO XII

El Gran Julius, con una barra de hierro en las manos, cavaba en el pavimento de grandes baldosas de mármol, de una sala sin apenas muebles. Tenía la cara enrojecida por el esfuerzo y su frente aparecía cubierta de sudor, pero, pese a todo, no se tomaba un momento de respiro.

De repente, se oyó una sarcástica risotada. El hombre, sorprendido, dejó de golpear el suelo y se enderezó.

Había una puerta en el otro lado de la sala, que daba al exterior. Una mujer joven, de unos treinta años, rubia y bastante bien parecida, apareció en el umbral y se apoyó en una jamba con aire entre displicente y burlón.

—¡Hedda! ¡Hedda Dwenn! —exclamó el hombre, vivamente sorprendido—. ¿De dónde demonios sales?

—Me figuraba que harías algo por el estilo, de modo que decidí venir —contestó la mujer.

—Hedda, escucha, las cosas se han puesto ya muy mal. Tengo a la policía en los talones. Debemos largarnos cuanto antes. Ayúdame y sacaremos la «pasta». Con el millón de libras que tu padre nos birló hace años, podemos vivir principescamente fuera del país...

—No hay dinero, no hay ni un solo penique —dijo Hedda.

El hombre hizo un fruncimiento de cejas.

—Es una broma que no me gusta en absoluto —contestó.

—Lo siento, pero es así. Te he engañado. Desde el principio. Alfred Breker, desde que nos encontramos por primera vez hace un año y te dije que si querías la mitad del millón, tendrías que ayudarme a vengarme de los que mataron a mi padre.

Pelham contuvo el aliento. Así pues, el Gran Julius, que se hacía llamar Vildaunt. Era, en realidad. Breker, el hombre que había

concebido el plan para «ejecutar» a Dwenn.

—Hedda, tú no hablas en serio... —dijo Breeker roncamente.

—A estas horas, resultaría ya inútil tratar de mentir, Alfred. Debo admitir, sin embargo, que has sabido hacerlo muy bien. Claro que esperabas conseguir al final medio millón de libras, supuestamente escondidas por mí padre en la misma casa donde murió. Pero no hay dinero, repito.

—Por todos los diablos... Hedda, ¿qué hizo tu padre de ese millón de libras? —gritó Breeker crispadamente.

—Es muy simple: especuló y lo perdió. En su mayor parte, claro; luego quiso recuperar las pérdidas del modo tradicional, esto es, apostando en las carreras de caballos, y acabó con los bolsillos del revés. No dejó ni dinero para poder comprar la comida del canario —rió Hedda burlonamente.

—Entonces... te has estado aprovechando de mí...

—El cebo te hizo perder el sentido de la realidad. Actuaste tal como yo esperaba que lo hicieras.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué me engañaste de semejante manera?

Hedda se separó de la puerta y le miró con ojos llameantes.

—¿No eres capaz de imaginártelo? He pasado todos estos años, tratando de averiguar por qué murió mi padre. Me costó mucho, pero al fin lo conseguí... Tú fuiste el autor de la idea de su muerte y convenciste a todos los perjudicados, sin que te costase demasiado, quizá ya hipnotizándolos en aquel entonces. En realidad, pensabas que mi padre tenía escondido el dinero y lo querías solamente para ti... Los otros, pobres estúpidos, te secundaron sin demasiadas dificultades...

—Tu padre merecía morir mil veces —rugió Breeker—. Nos arruinó a todos...

—¿De dónde procedía vuestro dinero, eh? Ninguno lo había ganado honradamente. Todos eran estafadores, ladrones de guante blanco, personas hábiles en engañar a los demás y en burlar la ley... No, no podíais quejaros de haber perdido aquel dinero.

—Al menos, tu padre fue al infierno —dijo Breeker, haciendo chirriar sus dientes.

—Por tu idea —contestó Hedda—. Sí, fue un bonito plan; todos lo matarían y así ninguno se descubriría, pero sólo tú podrías beneficiarle de esa muerte. Lo que sucede es que la segunda parte

de tu plan no resultó como querías, y ello por la sencilla razón de que el millón de libras se había volatilizado.

Pelham escuchaba sin atreverse a respirar apenas. Las uñas de Lavinia se clavaban en su antebrazo, síntoma indudable de la tensión que la poseía en aquellos momentos.

—Entonas... tú me inspiraste el plan de eliminar a los demás... para que no pudieran... aprovecharse del dinero... pero, en realidad, para vengarte de nosotros... —tartamudeó Breeker.

—Estaba segura de que aceptarías —repuso Hedda, riendo desdeñosamente—. Además, te resultaba muy fácil, con esa tonta que trabajaba contigo y a la que podías hipnotizar sin dificultad, para que ejecutase tus órdenes, cualesquiera que fuesen... La lástima es que dos de los asesinos de mí padre hayan podido salvar el pellejo.

—Te olvidas de mí. Hedda.

—Tú estás ya muerto, Alfred.

Hubo un instante de silencio. Pelham vio a Hedda y Breeker mirándose recíprocamente, con los ojos echando fuego.

De pronto. Hedda lanzó una irónica carcajada.

—Es inútil. Gran Julius; he venido preparada y a mí no podrás hipnotizarme —dijo.

—Bien, entonces, tendré que acabar contigo de otra manera —repuso Breeker con aparente tranquilidad.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una pistola. Pero Hedda se le anticipó.

Tenía otra en la mano y disparó dos veces. Breeker lanzó un aullido, soltó el arma, se llevó las manos al pecho y, después de un par de convulsiones, cayó al suelo.

Pelham estaba petrificado, sin atreverse a intervenir. Hedda parecía poseída por el furor de la venganza. Si se hacía visible, sería capaz de disparar contra él.

Era mejor dejarla marchar; ya se encargaría luego la policía de ponerla entre rejas.

Hedda miró despreciativamente al individuo caído en el suelo. Luego meneó la cabeza.

—De siete, quedan todavía dos, pero algún día...

Dejando la frase sin terminar, guardó la pistola y giró en redondo. En aquel instante, cuando daba el primer paso hacia la

puerta, Breeker alargó su mano derecha, recobró la pistola y disparó contra la joven.

Hedda chilló agudamente y empezó a volverse. Breeker, sentado en el suelo, con la mano izquierda en el pecho cubierto de sangre, continuó disparando hasta agotar el cargador.

Los estampidos ahogaron la voz de Hedda, cuyo cuerpo se agitó con gran violencia por los impactos de las balas. Al fin, abrió los brazos y cayó de rodillas al suelo. Quiso decir algo, pero un tremendo chorro de sangre brotó súbitamente de su boca y, tras una última sacudida, se venció hacia adelante y quedó con la cara pegada al suelo. Breeker lanzó un horroroso ronquido y se dejó caer de espaldas.

En aquel instante, Pelham oyó un hondo gemido. Presintiendo lo que iba a suceder, sujetó a Lavinia, evitando que se viniera abajo. La escena, pensó, había resultado demasiado fuerte para ella.

Con Lavinia en brazos, buscó la salida. De pronto, oyó ruido de coches que llegaban precipitadamente. Sonaron voces coléricas.

Seands apareció ante su vista.

—Maldito estúpido chófer... Se confundió de ruta y... Dick, por todos los diablos, ¿qué le pasa a esa mujer?

—Se ha desmayado, viejo Zorro.

—Traemos a un médico con nosotros. ¡Sargento, acompañe al señor Pelham!

—Sí, señor.

El médico se acercó prestamente con su maletín. Hizo una señal y el joven depositó a Lavinia en el suelo, encima de una manta que Green había traído apresuradamente. Luego, Pelham volvió a la casa, para explicar a su amigo lo que había sucedido.

Los hombres de Seands actuaban ya con rapidez y diligencia. Pelham hizo un relato sucinto de lo que había visto. Seands meneó la cabeza.

—Quizá haya sido mejor así —dijo.

—Al menos, te has librado de una serie de problemas, viejo Zorro.

—Sí, pero quedan dos de los asesinos de Dwenn. Tienen que pagar lo que hicieron seis años atrás.

—Si puedes probárselo...

Seands se volvió hacia su amigo. —No será fácil— convino.

—Bueno, eso es ya cosa tuya. En lo que respecta a mí, este asunto ha finalizado ya. Ilse no volverá a ser hipnotizada por un miserable, que sólo pretendía conseguir una enorme fortuna.

—Ése no era motivo suficiente —alegó el inspector—. Porque los otros habían dado por perdido su dinero...

—En el fondo. Brecker era un juguete en manos de Hedda. Y ésta lo único que quería era vengarse de los que mata ron a su padre. Por ello empleó el cebo de un millón de libras.

—La venganza se volvió contra ella —filosofó Seands—. Pero ¿cómo conseguía Brecker que Lavinia le obedeciese tan ciegamente? No es lo mismo hacer unos números teatrales, bajo hipnosis, que matar a una persona. Eso es algo que la mente de la mayoría rechazaría absolutamente.

—Brecker había infiltrado en el cerebro de Lavinia la idea de que sus víctimas querían matarla —explicó el joven.

—Y, por tanto, ella mataba para vivir...

—Sí, en efecto.

En aquel instante se acercó el médico.

—Señor Pelham...

—¿Doctor?

—Tengo malas noticias para usted. ¿Es familia suya esa joven?

—Sólo somos buenos amigos... ¿Ocurre algo, doctor?

—Ha muerto.

Pelham abrió la boca.

—No es posible...

—Lo siento, un paro cardíaco. Yo diría que vio algo horrible y que le fue imposible soportarlo.

¿Sabe usted qué pudo ser, señor Pelham?

El joven pensó inmediatamente en la espantosa escena de dos personas que se habían tiroteada sucesivamente, rebosantes de odio salvaje, animadas por el deseo de matar... Lavinia se dijo, había sufrido ya demasiado en los meses anteriores y su corazón había sufrido el último choque, que, no había podido ya soportar.

—Quizá, sí, doctor, pero se lo contare luego —dijo al cabo.

Lentamente salió de la casa y se acercó al lugar donde yacía Lavinia, cubierta por completo con una manta. Sintió la tentación de contemplar su rostro por última vez, pero desistió. Prefería recordarla tal como la había visto anteriormente, dulce, sensitiva,

ignorante, sin embargo, de que tenía la mente prisionera de una voluntad diabólica. Ahora, se dijo, dormía para siempre en un sueño eterno, donde nadie turbaría su reposo.

El sargento Green estaba muy triste.

—Pobre muchacha... Tan joven.

Pelham asintió en silencio. Sí, tan joven... pero quizá había sido una muerte dulce para una mujer que habría estado muriendo durante el resto de su vida, agobiada por unos crímenes cometidos a la fuerza. La muerte de Lavinia pensó, debía cargarse también en el haber de quienes, de todos modos, habían purgado ya, por sí mismos, una horrible cadena de asesinatos que había tenido fin en aquel amanecer sangriento.

Pero el sol, que ya salía, era dorado y lanzaba cálidos rayos sobre la tierra y anunciaba mejores tiempos.

—¿Y por qué usaban cada vez una pistola?

—Por la sencilla razón de que así confundían las investigaciones de la policía, querida.

—Yo llegué a pensar que Brecker se había quedado con las siete pistolas que sirvieron para la «ejecución» de Dwenn.

—No, no fue así. Acabaron en el pantano, como Dwenn, cuyo cuerpo no ha aparecido ni, probablemente, aparecerá jamás.

—Dick, Lavinia usó chaleco blindado cuando fue a matar a Rangyll. El impacto de la bala que éste disparó, estuvo a punto de fracturarle el esternón. ¿Por qué no me dio a mí también un chaleco blindado?

—Brecker conocía muy bien a sus antiguos compinches y sabía que Rangyll no se dejaría matar como un corderito. No siempre podía anticiparse, como en el caso de Daxton, al que quitó la pistola antes de que pudiera usarla.

—Comprendo. Y, ¿qué será de Clemmie y de Prye?

Pelham terminó de poner ropa en su maleta, la cerró y se volvió hacia la muchacha.

—Señora Pelham —dijo solemnemente—, lo que sea de esas dos personas, no nos importa en absoluto. A partir de ahora, y sin hipnotismos, te ordeno que empieces a olvidar todo lo ocurrido.

—Sí, querido —contestó Ilse.

—Y si quieres preocuparte por algo, yo te daré motivos para ello —añadió el joven.

—¿Qué motivos, esposo mío?

—Los motivos pueden reducirse a uno solo: yo. Preocúpate a partir de ahora exclusivamente por mí.

Los ojos de Ilse resplandecían de felicidad.

—Me preocuparé por ti solamente, mientras viva —con testó.

Pelham la besó en los labios. Luego le dio un suave empujón:

—Vamos, termina tu equipaje o perderemos el avión y no me gustaría empezar así nuestra luna de miel —dijo.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Las mejores novelas de

**M**ARCIAL LAFUENTE

**ESTEFANIA**

el mundialmente famoso autor,  
pueden saborearse en las  
COLECCIONES

**CENTAURO y  
OESTE  
LEGENDARIO**



¡No se pierda **AHORA** la  
oportunidad de leer estas  
primeras ediciones, en las que  
cada título es un vendaval  
de emoción!

**Asegure su ejemplar**

**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.